CUADERNOS historia 16

El Islam, siglos XI - XIII

J. Vernet, M. Arribas, J. Bosch y L. Martínez



33

125 ptas



Suleyman luchando contra los cristainos
(de la Historia de los Emperadores, *siglo XV, Biblioteca Nacional, París)*

Indice

EL ISLAM, SIGLOS XI-XIII

El principio del fin

EL prolongado período que este *Cuaderno* contempla dentro de la evolución histórica del Islam prepara ya su disgregación definitiva como unidad política y religiosa a la vez. Esto va a suponer ante todo una importante reducción del extenso espacio físico que hasta entonces había dominado. La detención que la expansión islámica sufre entonces por el Este se verá complementada en el mismo sentido negativo por la ruptura producida tanto en el Occidente como en el mismo corazón del Imperio.

La organización estatal en decadencia servirá en la mayor parte de los casos como principal aportadora de los elementos sobre los que va a fundamentarse esta fragmentación. Un caso ya arquetípico de esta realidad es el presentado por la instauración del califato independiente de Córdoba, organizado por los supervivientes de la depuesta dinastía Omeya. Junto a esto, las victorias obtenidas sobre el Imperio Bizantino, asimismo situado en el período de irreversible postración, no podrán impedir que a su vez el poder islámico manifieste decididas trazas de decadencia.

La época de las Cruzadas

Dentro de este panorama general, la gestación del fenómeno de las *Cruzadas* habrá de adquirir un doble sentido. Por una parte, desde el punto de vista islámico, supondrá la embestida de mayor envergadura lanzada por una Cristiandad que ya comienza a sentirse suficientemente fuerte para tomar la iniciativa. Por otra, desde el prisma europeo, esta prolongada ofensiva constituirá en sí misma todo un episodio que determinará durante más de dos siglos la existencia del continente. Los aspectos económicos, sociales y políticos se muestran en las *Cruzadas* inseparablemente enlazados entre sí y unidos a los de índole religiosa. Estos últimos de hecho en ningún momento constituyeron el factor determinante en su ejecución, a pesar de que así se proclamase repetidamente por parte de los elementos interesados en llevarlas a efecto.

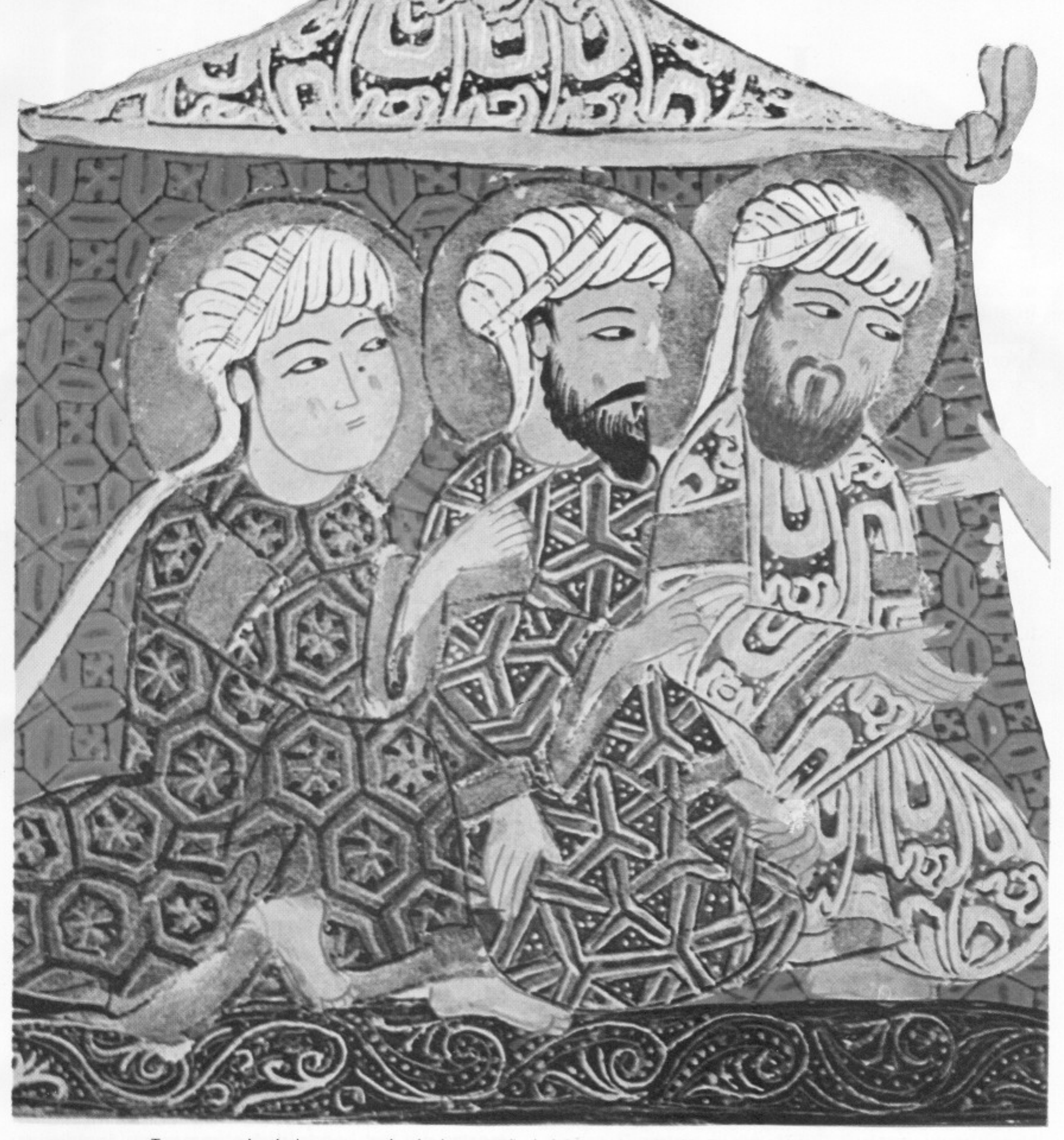
Tanto el empuje islámico desde el sur como el de los cruzados desde el oeste decidirán al mismo tiempo el futuro del anacrónico residuo tardorromano que era el Imperio Bizantino. Su definitiva caída, en la segunda mitad del siglo XV, abrirá las puertas de la Europa sudoriental a la presencia musulmana. Esta, para entonces, se encuentra ya centrada sobre el territorio de la península de Anatolia, siguiendo el ritmo de permanente traslado que experimentan los centros del poder islámico a lo largo de su historia.

En el período aquí tratado un nuevo fenómeno de especial interés se une al supuesto por las sucesivas sustituciones de dinastías en el centro del poder imperial. Es el presentado por la aparición y caída de los denominados *Imperios del desierto,* sobre una zona hasta entonces tan periférica y carente de protagonismo como era la del Magreb. Estos nuevos poderes surgen, puede afirmarse que de forma absolutamente lógica, como directa reacción lanzada en contra de la situación reinante definida por la disgregación y la degeneración más absoluta.

Puritanismo religioso y unitarismo confesional y político a la vez serán los elementos integrantes básicos del espíritu que anima el ímpetu de los bereberes, almorávides y almohades. Nuevos poderes éstos que de forma efímera decidirán los destinos de la fracción más occidental del territorio islamizado, en la que se sitúa Al-Andalus. En el caso concreto de la Península Ibérica, será ésta una etapa que marque una alternancia de victorias y fracasos mutuos para los dos poderes que desde el siglo VIII se enfrentan sobre su suelo por la obtención de su dominio. Almorávides y almohades vendrán aquí a sustituir a los débiles y decadentes, pero culturalmente ricos, reinos de taifas.

Al-Andalus, hasta entonces situada en posición de subordinación a la fuerza cristiana procedente del norte, vivirá sus postreros días de esplendor, sustentado en el poderío generado por la acción de estos *Imperios del desierto.* Muy pronto, sin embargo, la situación recuperará su anterior dirección, y los cristianos conseguirán reducir la presencia islámica al exclusivo espacio del reino de Granada. Este se mantendría, en ocasiones de forma especialmente precaria, hasta los años finales del siglo XV.

Con todo, y a pesar de este marco de ge-



Tres personajes árabes en una tienda de campaña (miniatura de al-Hariri, Biblioteca Nacional, París)

neral decadencia, las ciencias y las artes conocerán el mantenimiento de un profundo y extenso cultivo. Europa proseguirá con ello nutriéndose directamente de esta realidad, sobre la que habrá de basar en gran medida su propio renacimiento cultural, que ya se vislumbra con claridad a fines de este período. Momento que observa fundamentales transformaciones en todos los ámbitos, servirá como escenario cronológico que dé paso a la Edad Moderna, superando con ello las limitaciones que los fundamentos medievales habían impuesto sobre el continente europeo.

A continuación, los profesores Juan Vernet, Mariano Arribas y Jacinto Bosch Vilá trazan un completo panorama de esta etapa, dividido en función de las sucesivas alternancias de poder que se sucedieron a lo largo de la misma. Por su parte, la profesora Leonor Martínez desarrolla un somero pero ilustrador estudio sobre los aspectos científicos y culturales del momento, elemento de conocimiento imprescindible para la comprensión del mismo. Junto a esto, la inclusión de apartados referidos a la acción de las *Cruzadas* y a los efectos de la presencia de almorávides y almohades sobre la Península complementa el contenido de este *Cuaderno*.

La época selchuquí

Por Juan Vernet
De la Real Academia de la Historia

LA expansión militar árabe hacia el este puede decirse que quedó frenada bajo el califato del omeya Walid I en los límites de la India, en el Sind, y, en el Asia Central, en Transoxiana. Intentos posteriores en dirección a China sucumbieron ante la inmensa mole montañosa que se oponía a la marcha de sus ejércitos o a la falta de aclimatación de sus gentes que no estaban acostumbradas a combatir a tres y cuatro mil metros de altura.

Después, las querellas civiles, el afianzamiento del califato abbasí y la busca, por éste, de apoyos distintos a los de los clanes árabes —primero en los persas representados por la familia barmekí y luego en la guardia pretoriana de esclavos turcos que ya a mediados del siglo IX rodeaba al califa— dieron una nueva fisonomía al Islam.

Al tiempo, los vínculos políticos con las provincias se rompieron y tanto en Occidente (omeyas en España, idrisíes en Marruecos, aglabíes en Túnez) como en Asia aparecieron muchos estados independientes de hecho. En este último continente los tahiríes (Jurasán), los saffaríes y samaníes (Persia), etcétera, ocuparon el poder, que la debilidad de los abbasíes había abandonado en medio de la calle.

Y aún hay más: familias o dinastías foráneas, como la de los buyíes o buwayhíes (932-1055) impusieron su protectorado al califato ocupando Bagdad (945) y obligaron al califa Mustakfí a cederles el poder temporal a pesar de ser xiíes. Y lo ejercieron con todo rigor adoptando para sí el título de *Emir de los emires (Amir al-umara).*

Los oguzz

Pero al otro lado de las fronteras del imperio y aún dentro de las mismas, se agitaban elementos paganos o escasamente islamizados —los turcos, sobre todo— que iba a modificar en breve tiempo el equilibrio del Próximo y Medio Oriente. Por un lado la dinastía de los gaznavíes (962-1186) conquistó la India para el Islam; por el otro, y en dirección hacia Occidente, los turcos selchuquíes reunificaron, por breve tiempo, todo el Próximo Oriente.

¿Quiénes eran éstos? Un grupo de nueve clanes oguzz que en el siglo VII habían formado una federación a lo largo de las fronteras chinas desplazándose de un lugar a otro en busca de pastos para sus rebaños.

Según Guillermo de Tiro, eran *gentes rudas, sin residencia fija, sin ciudades ni aldeas ni estados; nomadeaban en busca de pastos. Cuando querían emprender una acción militar, reunían sus clanes, nombraban un jefe con poderes absolutos y emprendían la migración con todas sus pertenencias: caballos, rebaños, siervos, etcétera. No cultivaban la tierra ni conocían el arte de comprar y vender. Iban de una pradera a otra.*

Los turcos que habían quedado englobados dentro de las fronteras del Islam ya en el siglo VIII tenían un baño de civilización. Pero los oguzz —algunos de los cuales habían llegado como esclavos a Toledo el siglo XI— parecían nacidos para hacer la guerra, según testimonio de nuestro coterráneo el cadí Ibn Said.

En cierto modo, alrededor del siglo IX, habían sufrido el influjo cultural de los judíos del reino jazar, de los budistas y de los nestorianos, si es que tenemos que juzgar por los nombres propios que en aquel entonces utilizaban y que han llegado hasta nosotros.

Las rencillas que dividían a las dinastías musulmanas del Turquestán y de Persia facilitaron su infiltración en los dominios del Islam y, ya convertidos, y de la mano de su jefe principal Arslán Israil ben Selchuq y de sus hijos Chagribeg —que dirigió sus esfuerzos a Oriente, contra los gaznavíes— y Tugrilbeg, que avanzó hacia Occidente destruyendo el orden político hasta entonces reinante.

Tugrilbeg marchó sobre Persia, ocupó los dominios buwayhíes y, deslizándose luego a lo largo de Georgia y Armenia, arremetió, por Occidente, contra el imperio Bizantino y por el sur, contra el Iraq, cuya capital, Bagdad, ocupó (1055), desplazando del poder a los xiíes buwayhíes y restaurando el dominio de la *sunna* (azuna). Tugrilbeg (1037-1063) se declaró *humildemente* vasallo del califa y éste le confirió el título de *sultán.*

Esta rama selchuquí del Iraq, comúnmente llamada de los selchuquíes mayores, instaló su capital en Ispahán y dejó en Bagdad una administración peculiar: un gobernador militar *(sihna),* el primero de los cuales fue Bursuq (m. 1095), y otro civil *(amid),* así como un gran visir, el más importante de los cuales fue Nizam al-Mulk (víctima de los *asesinos* en 1092).

Los feudos

El sucesor de Tugrilbeg, Alp Arslán (1063-1073) atacó Georgia, Armenia y Bizancio. Sus victorias le proporcionaron grandes praderas donde alimentar los rebaños de su súbditos, y cuando el emperador Romano IV Diógenes, con un ejército muy superior quiso contenerle, fracasó.

El ejército bizantino, formado por tropas hete-



Camelleros árabes del siglo XIII (miniatura de al-Hariri, Biblioteca Nacional, París)

rogéneas, con equipo pesado y escasa capacidad de maniobra, fue deshecho en Manzikert, en las inmediaciones del lago Van. El propio emperador cayó prisionero y tuvo que firmar una paz humillante que, a su regreso a Bizancio, le costó el trono.

A partir de este momento Constantinopla perdió el dominio de Anatolia. Pero, más que por la derrota sufrida, la pérdida se consumó por la infiltración de clanes selchuquíes que recibían como *feudo (iqta)* las tierras que ocupaban. Estos feudos, evidentemente, no se corresponden, jurídicamente hablando, con los conocidos en el Occidente de Europa. Así se crea una zona permeable donde los señores-bandidos, tanto cristianos como musulmanes, pelean entre sí, transformando la región en un lugar inseguro. En sus hazañas hay que ver el origen o el desarrollo de las novelas de caballería de uno u otro bando: Dígenis Akritas, Umar al-Numán, el sayyid al-Battal...

Entre estos aventureros hay que incluir a Atsiz ben Uvak, quien llegó a huir a territorio bizantino siguiendo a Erigsen, marido de una hija de Alp Arslan (1070). Como se negara a servir en el ejército del emperador, tuvo que huir y ponerse al servicio de los fatimíes —hecho que le repugnaba por ser éstos ismaelíes y él sunní— y reconquistar por su cuenta Palestina y Siria meridional. Ambas las guardó para sí (1078).

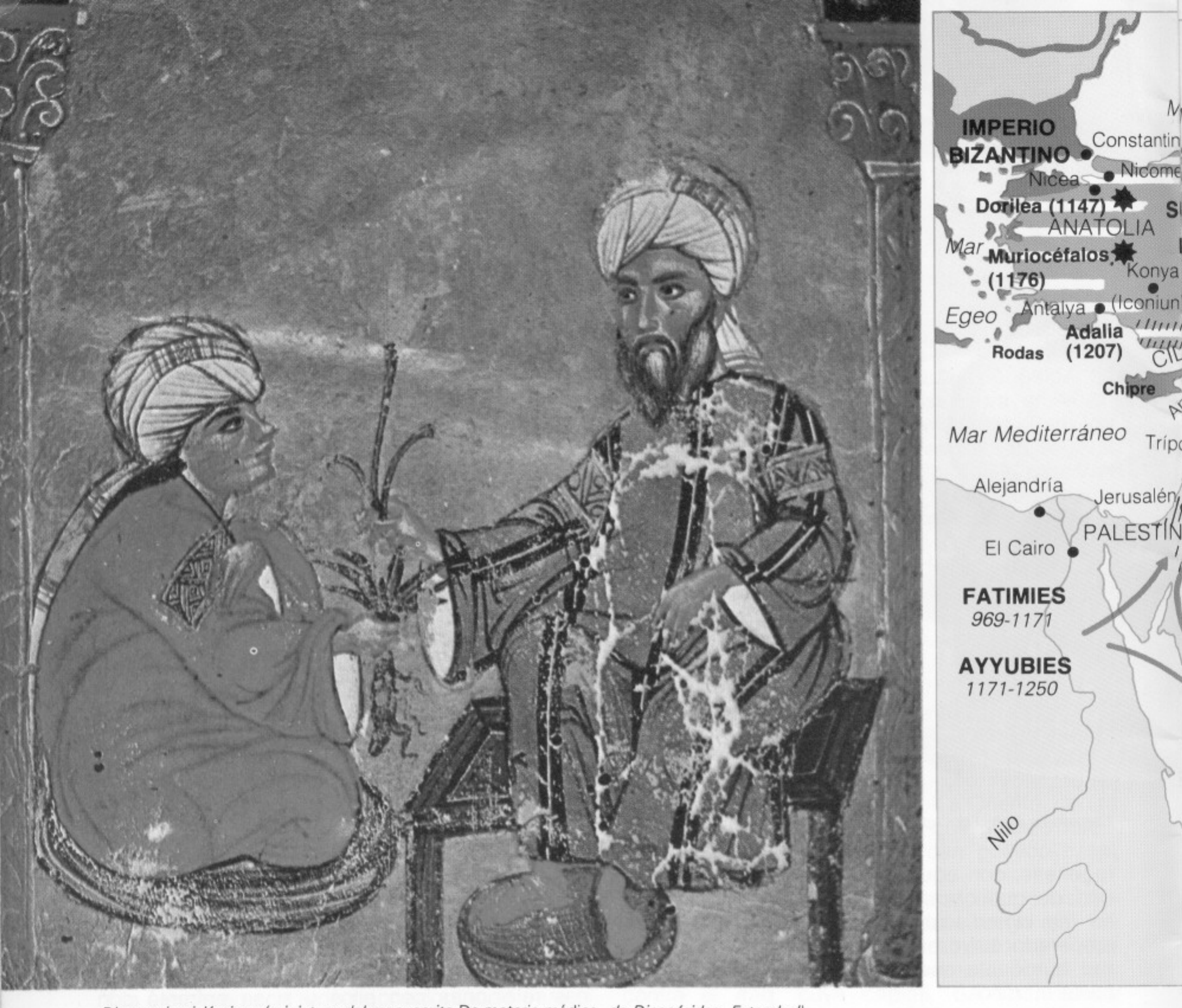
Se ha apuntado que este hecho originó las cruzadas, pero esta suposición no parece cierta, ya que Atsiz no persiguió a los cristianos de Jerusalén ni tan siquiera en el momento de la ocupación de la ciudad. Es más: mantuvo buenas relaciones con ellos y si se enfrentó con algún estamento de la población fue con la aristocracia urbana fatimí e, incluso, con la selchuquí.

Pero el nuevo sultán Malisah (1073-1092) cedió el gobierno de Siria a su hermano Tutus, quien asesinó a Atsiz. Reanudó la guerra regular contra Bizancio y en 1086, Bursuq, mandando la vanguardia del sultán, ocupó Alepo e impuso una dura contribución de guerra a Constantinopla.

Entretanto, las fuerzas irregulares *(gazi)* obligaban a evacuar Armenia a los cristianos que se retiraron hacia Cilicia y crearon un nuevo estado: la Pequeña Armenia (1080-1375) que, siglos después, había de mantener estrecha relación con la Corona de Aragón.

Las cruzadas

El último gran sultán selchuquí, Barkyaruk (1092-1105) consiguió mantener la unidad del



Dignatarios islámicos (miniatura del manuscrito De materia médica, *de Dioscórides, Estambul)*

imperio, aunque tuvo que ceder parte de sus dominios a los cruzados y bizantinos.

A diferencia de sus antepasados, concedió *feudos (iqta)* a sus vasallos no sólo en las fronteras, sino en territorios muy alejados de éstas, lo cual llevó, al cabo de pocos años, a la parcelación de sus dominios y a la creación de un mosaico de nuevos estados que no pudo evitar la generalización de una institución típicamente turca: la de los *atabegs* (padres o tutores) que eran personajes designados por el poder central para, teóricamente, educar y vigilar a los jóvenes príncipes y vasallos que recibían un feudo.

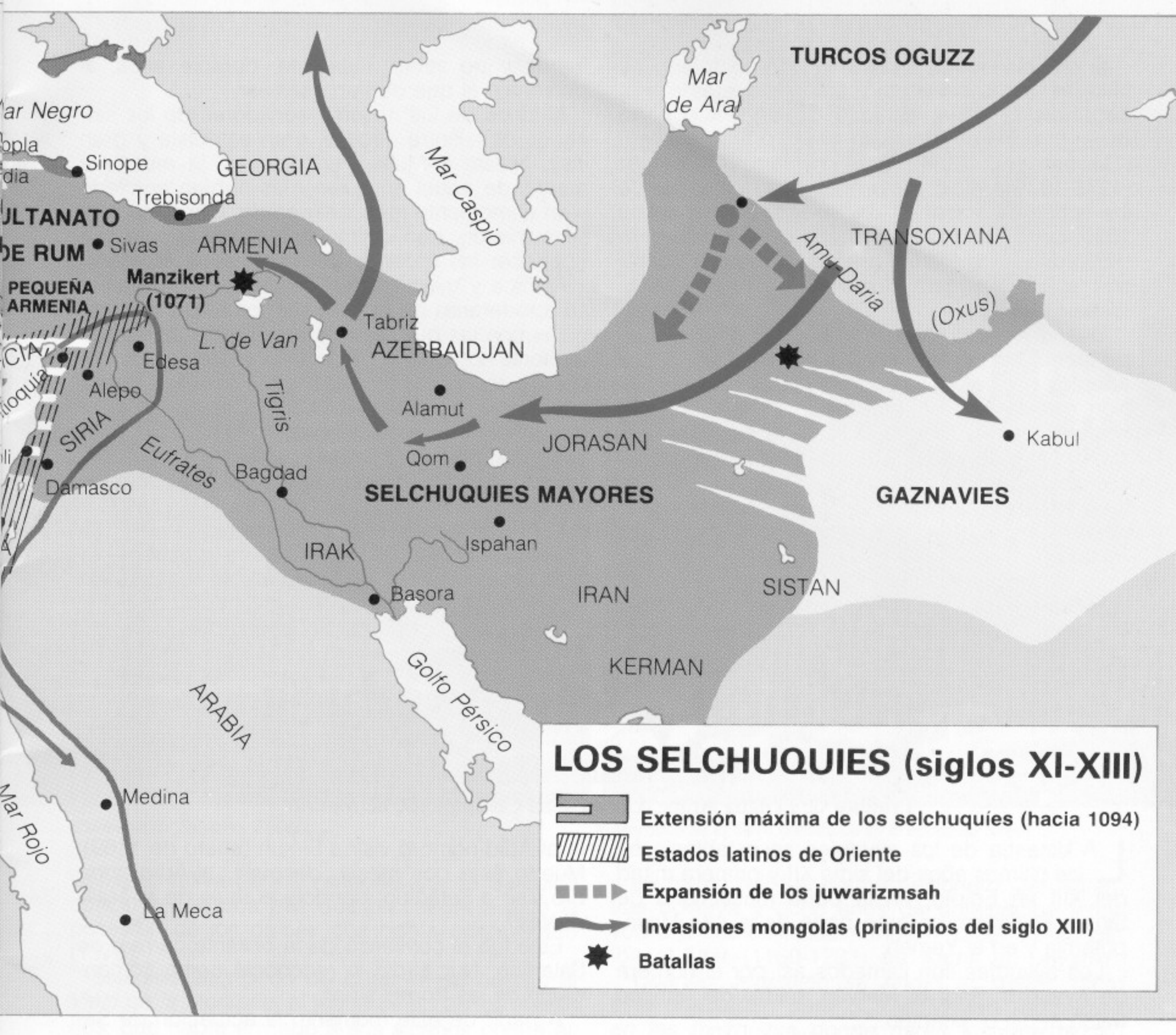
Esta nueva organización, lejos de frenar la fragmentación del imperio, la aceleró y los nuevos sultanatos aparecieron por doquier hasta que la invasión mogola (mitad del siglo XIII) reunificó de nuevo el Próximo Oriente, que así quedó reducido a dos o tres estados.

De estos nuevos sultanatos, el que más nos interesa es el selchuquí de Rum (llamado por los cruzados de Iconium), porque sobre el mismo se asentará más tarde y de modo definitivo otra rama del pueblo turco: la otomana.

Las cruzadas redujeron drásticamente los dominios selchuquíes en Anatolia, cerraron todas sus salidas al mar y sólo dejaron en sus manos los territorios más estériles y pobres. A pesar de ello, los musulmanes pudieron frenar el impulso cristiano en la segunda batalla de Dorilea (1147).

Un nuevo soberano, Kilich Arslán II (1155-1192), consiguió estabilizar la situación y venció al bizantino Manuel I Comneno en Muriocéfalos (1176), aunque tuvo que soportar la conquista de Qonya por Barbarroja (1190), que no tuvo mayores consecuencias ante la rápida muerte del emperador alemán.

Poco a poco los sucesores de Kilich Arslán II —y hasta que los mogoles se lo impidieron— rehicieron el patrimonio de sus antepasados, intentaron transformar a sus tribus en un estado aficionando a sus miembros a la literatura persa



y protegiendo a los místicos, entre los cuales se cuenta Ibn Arabí de Murcia.

Desde el punto de vista militar, volvieron a abrirse paso hasta el Mediterráneo al ocupar Antalya (Adalia, 1207). Poco después, Kayqawus I (1211-1221) ocupaba Sinope, en el mar Negro, e iniciaba una amplia política comercial firmando tratados con chipriotas, venecianos y otros estados mediterráneos. También organizó una gran flota que le permitía enlazar fácilmente con Crimea. Aquí estableció una base, que le llevó a monopolizar el comercio del sur de Rusia.

Por otra parte, mantuvo buenas relaciones con el último gran califa abbasí de Bagdad, al-Nasir, adhiriéndose a la institución *caballeresca* de la *futuwwa* que éste intentaba reanimar por aquel entonces.

Siguió esta política su hermano Kaykubad (1221-1237), quien, dispuesto a ampliar su poder económico, envió una expedición marítima al mando de Chupan Kastamonu contra Crimea. En las fronteras de Anatolia supo poner freno a la expansión de los juwarizmsah por el este (Georgia) y de los ayyubíes por el sur.

Afortunadamente para él, murió antes de que los mogoles iniciaran su penetración por Anatolia. Su hijo y sucesor, Kayjusraw II (1237-1245) no pudo resistir a los nuevos invasores: su ejército fue aplastado por Baychú en Kose Dag (1243), y con esta derrota terminó, de hecho, la dinastía selchuquí de Rum.

Los «asesinos»

Uno de los acontecimientos más significativos de esta época fue la aparición de la secta de los *Asesinos (hasasiyyun)* o del *Viejo de la Montaña* como a veces denominaron a su jefe los cruzados.

Si los selchuquíes se habían enfrentado con los fatimíes, éstos enviaban a sus misioneros o propagandistas a los estados de aquéllos. Entre esos misioneros descolló muy pronto Hasan-i-Sabbah (m. 1224), que, formado en Egipto (1076-1079), inició su propaganda en favor de los ismaelíes nazaríes en el Irán, donde, en el 1090, consiguió hacerse dueño de la inexpugnable fortaleza de Alamut gracias a que una buena parte de la guarnición profesaba sus ideas.

Dueño de una base segura, inició una serie de atentados contra los jefes selchuquíes. A sus adeptos (fidaíes o fedayines) les ofrecía una visión del paraíso en esta vida administrándoles dosis de hachís *(cannabis sativa* L.). Inconscientes, les introducía en jardines donde podían gozar de todas las delicias —huríes incluidas— durante algún tiempo y después les devolvía a la vida mundanal, como el Segismundo de Calderón.

En estas circunstancias y con tal de vivir toda la eternidad en ese paraíso que habían degustado, eran capaces de cometer los mayores desafueros y de servir, fielmente, durante años, al personaje al que debían asesinar.

Muchos de los mejores servidores de los selchuquíes —entre otros el gran estadista y gran visir, Nizam al-Mulk— encontraron la muerte a manos de aquel en quien más habían confiado y en el momento más inesperado. Otros muchos se avinieron, con disimulo, a pagar tributo y a obedecer las órdenes del *Viejo de la Montaña.*

Política y militarmente, los señores de Alamut se apoderaron de numerosas fortalezas estratégicas con las que, si no construyeron un estado territorial homogéneo, mantuvieron un rígido control de los puntos claves del Próximo Oriente imponiendo su voluntad unas veces por el terror que inspiraban y otras mediante la *ejecución* o asesinato de sus principales enemigos.

Esta situación encontró su fin, al igual que los estados selchuquíes, con la conquista mogola de Bagdad (1258) y de la mayor parte del Próximo Oriente. En boca de los cruzados, la palabra *asesino* se introdujo en las lenguas de Occidente y, así, con este significado popular y primitivo, ha llegado hasta nuestro días.

Saladino y los ayyubíes

Por Mariano Arribas
Profesor de Lengua Arabe. Universidad Complutense de Madrid

LA dinastía de los ayyubíes se estableció en los últimos años del siglo XII y primera mitad del XIII en Egipto, en la parte musulmana de Siria y Palestina, en gran parte de la Alta Mesopotamia y en el Yemen.

Los ayyubíes son llamados así por el nombre de Ayyub b. Sadi b. Marván, padre del famoso Salah al-din o Saladino.

Ayyub pertenecía a una tribu kurda que los selchuquíes habían instalado en el gobierno de Armenia en el siglo XI. Los turcos eliminaron de ese gobierno a los kurdos y Ayyub fue nombrado comandante de Takrit, en el Iraq. Luego entró al servicio de Zengui, señor de Mosul y de Alepo, siendo nombrado gobernador de Baalbek, frente a Damasco.

A la muerte de Zengui, Sirkuh, hermano de Ayyub, se puso al servicio de Nur al-din, hijo de Zengui y señor de la Siria septentrional.

Los *francos,* nombre con que eran conocidos los cruzados, constituían una seria amenaza para los musulmanes de Oriente, lo que impulsó la unificación de Siria bajo el mando de Nur al-din.

En tres ocasiones (1164, 1167 y 1168) Sirkuh fue enviado a Egipto para ayudar al califa fatimí al-Ádid y a su visir Sáwar contra sus enemigos. Acompañó a Sirkuh su sobrino Salah al-din Yúsuf b. Ayyub, que en una de estas ocasiones defendió brillantemente Alejandría de los ataques de los francos.

Ante la traición del visir Sáwar a Sirkuh, Saladino le apresó y le hizo ejecutar. Entonces el califa al-Ádid nombró visir a Sirkuh (enero de 1169). Muerto éste dos meses después, al-Ádid nombró visir a Saladino, dándole el título de *al-Málik al-Násir.*

Este fue el comienzo de la brillante carrera de Saladino. Nur al-din lo reconoció como comandante de las tropas sirias.

A partir de este momento la actuación de Saladino se perfila en tres direcciones: asegurar su poder y el de su familia, reducir a los xiíes y combatir contra los cruzados.

Saladino asumió el gobierno de Egipto con gran irritación de los influyentes mercenarios nubios y abisinios, a los que se unieron los xiíes. La guardia negra se sublevó en El Cairo y Saladino incendió su cuartel. Ellos se refugiaron en Guizé y fueron aniquilados.

Saladino dejó de mencionar al califa fatimí en la oración de los viernes en 1172, sustituyéndolo por el abbasí. A poco moría el califa fatimí al-Ádid.

Poco después envió a su hermano Turán Xah contra el jefe de secta Abd al-Nabí, que se había apoderado del Yemen. Turán Xah logró expulsarlo y enseñorearse del país.

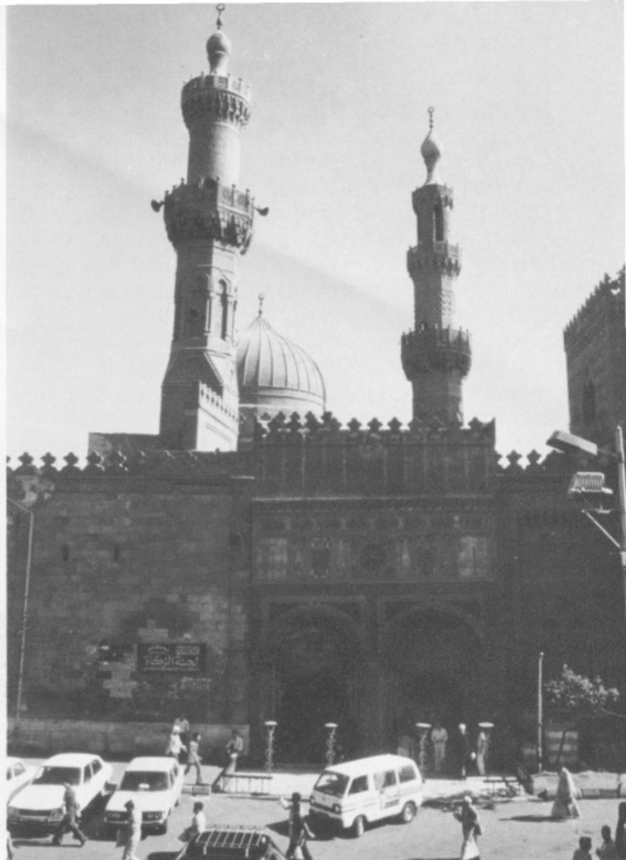
Nur al-din, señor de Sina, murió en 1174. Saladino se ocupó entonces de estabilizar la desfavorable situación de Siria. Para ello hubo de luchar con varios emires, a los que venció en Qurún Hamá.

El califa le dio la investidura de Egipto, Nubia, el Yemen, Palestina y Siria central (1175). Una

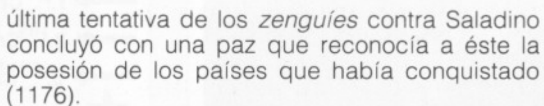




Ciudadela de Saladino, El Cairo



Mezquita de El Cairo construida en la época de Saladino



última tentativa de los *zenguíes* contra Saladino concluyó con una paz que reconocía a éste la posesión de los países que había conquistado (1176).

Saladino sitió poco después en su castillo al *Viejo de la Montaña,* el jeque Sinan de los *Asesinos,* que había enviado a sus sicarios contra él. No pudo apoderarse del castillo de Alamut y levantó el sitio al prometerle Sinan que no volvería a atacarle.

Conquista de Jerusalén

Entonces pudo Saladino regresar a Egipto y ocuparse de la lucha contra los francos (ver: *Las Cruzadas).* Su empresa no fue sencilla pese a las rivalidades políticas de los reductos cristianos (*).

Inicialmente Saladino tuvo enfrente a Balduino IV, *el leproso,* que le infligió la dura derrota de Ramla. Pero Saladino logró vencerle después de dos encuentros a orillas del Jordán.

No quedó clara la situación militar y se llegó a un tregua. Muerto Balduino IV y rota la tregua, Saladino envió un nuevo ejército contra Gui de Lusignan, cuñado de Balduino y rey de Jerusalén.

El ejército cristiano fue desbaratado en la batalla de Hattin (1187), a orillas del lago Tiberíades y el mismo rey fue hecho prisionero. Jerusalén, tras noventa y ocho años de dominación *infiel,* volvía a manos musulmanas. Y dice 'izz ad-Din Ibn al-Athir (1160-1233) en *Kamil at Tawarikh:*

Cuando Jerusalén se rindió al sultán, dictó éste una orden para que el Mihrab *(hornacina en las mezquitas donde miran los que rezan) fuera nuevamente descubierto. Los templarios, en efecto, habían construido un muro y reducido el* Mihrab *a un almacén de grano utilizándolo*

(*) Dice 'Ala ud-Din 'Atâ Malik Juvaini en *algunos hechos históricos,* 1248-1250:

«Sucedió también que mientras existía el reino divino en Bagdad y Egipto era grande y fuerte, se encontraban en medio los señores más pequeños que, dependiendo del sultán o del rey, de Oriente o de Occidente, luchaban entre sí por razones nimias. Se aprovecharon de ello el rey de Inglaterra, de Francia y de Alemania para precipitarse como aves de presa y cometer tropelías. Especialmente los francos dilapidaban vidas y fortunas siendo como son fornicadores, mentirosos y, sobre todo, ignorantes.

De esta forma, en las zonas fronterizas desprovistas de fuerzas, durante no pocos años los francos saquearon, mataron y abusaron a placer. Hasta que un rey, Salah al-Din, generoso como Hatim y glorioso como Cosroe, tomó la espada en su mano y llegado al territorio, les echó a su lugar de origen, limpiando aquellas tierras y sacándolas de la noche de la ignorancia: *cuando comienza a soplar el poderoso amanecer de la verdad, los demonios huyen de cualquier religión.*

Cuando, más tarde, regresaron los francos, no ya a un país indefenso y dividido, sino a Egipto, con el fin de iniciar una verdadera guerra, inmediatamente fueron expulsados y su rey Luis hecho prisionero. Porque cualquier tábano —de esos que molestan a los animales— que se atreva a incordiar a un hombre, tiene los días contados.» (N. de la R.)



Saladino derrota a los cruzados y reconquista Jerusalén, 2 de octubre de 1187 (miniatura persa, siglo XV)

incluso, según se dice, como letrina, en evidente señal de desprecio.

Saladino ordenó retirar el muro que había colocado delante, de forma que el Mihrab volvió a recuperar su aspecto inicial. Hizo derribar asimismo los edificios que habían construido delante y limpiar los patios que le rodeaban, de manera que el viernes pudiese reunirse la gente en oración ante su amplia explanada.

Se volvió a colocar el púlpito y limpiar el Mihrab *demoliendo también cuanto se había colocado entre las columnas. El espacio creado se revistió con tapices, se iluminó y se dio lectura al Libro. Triunfó así la verdad y fueron anulados los errores. El Corán subió nuevamente al trono y se destronó el Evangelio.*

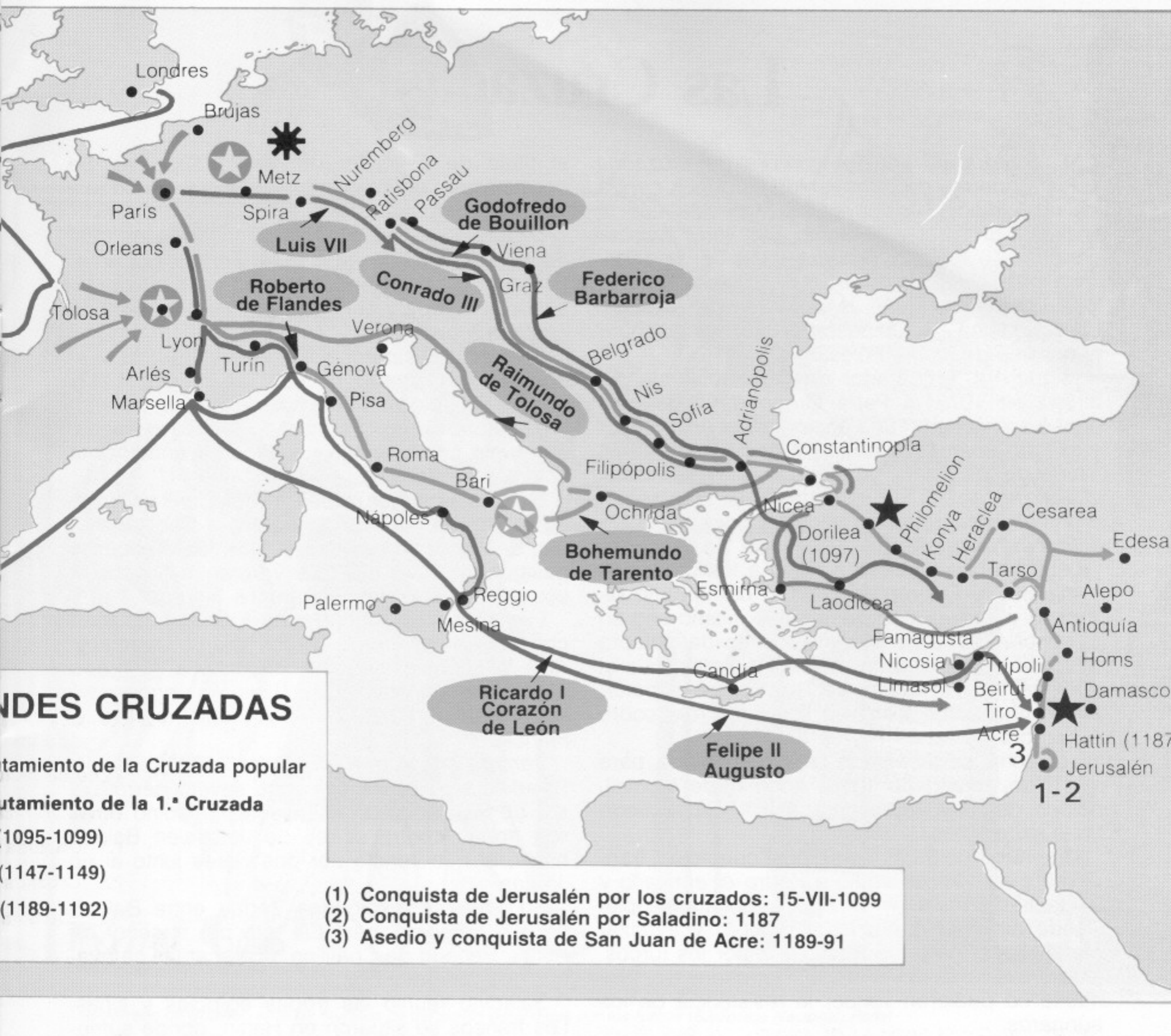
Tras diversas guerras y treguas con las nuevas expediciones cristianas, Saladino quiso realizar su gran sueño: unificar en sus manos el gobierno de los territorios musulmanes. Conquistó así Siria (1183) y las principales ciudades de Mesopotamia.

A finales de 1192, concluyó Saladino una paz con los cruzados. La mayor parte de Palestina quedó en su poder. Fortificó Jerusalén, regresó a Damasco (finales de 1192) y murió en febrero de 1193, a los cincuenta y cinco años de edad.

Los mamelucos

Con la muerte de Saladino se cierra la primera etapa, de constitución de la dinastía, y se abre otra de organización, que abarca la época de al-Málik al-Ádil y de al-Málik al-Kámil, de casi medio siglo de duración. Saladino había concedido el gobierno de diversas provincias a sus hermanos, a sus hijos y a otros parientes. El miembro más destacado de la familia era al-Málik al-Ádil, hermano de Saladino, el cual necesitó varios años para centralizar el poder en sus manos. Entonces se hizo proclamar sultán en El Cairo (1200).

Al morir al-Málik al-Ádil, en 1218, se planteó



de nuevo la misma cuestión, pero la presencia de una cruzada en Damieta, mantuvo durante algún tiempo la solidaridad de la familia en torno al hijo mayor, al-Málik al-Kámil, que gobernaba en Egipto.

Al-Málik al-Kámil logró expulsar a los cruzados de Damieta, pero la situación interna se agravó, lo que le obligó a ofrecer a Federico II la cesión de Jerusalén (febrero de 1229).

A partir de al-Málik al-Kámil entramos en una etapa de desintegración del poder de los ayyubíes. El poder efectivo fue pasando a manos de los generales de las tropas turcas, conocidos como mamelucos (de *mamluk* o malelucos = esclavo, que constituían la base del ejército).

A al-Málik al-Kámil le sucedió su hijo al-Málik al-Ádil II (1238), a quien su hermano al-Málik al-Sálih usurpó el trono. En 1249 le sucedió su hijo Turán Xah, al-Málik al-Muázzam, que murió asesinado al año siguiente.

La viuda de al-Málik al-Sálih, Sagyar al-Durr, esclava de una inteligencia y una energía excepcionales, había logrado conservar el trono a Turán Sah, que estaba ausente, y ocultar la muerte de su padre hasta que aquél fue encontrado en Egipto.

Sagyar al-Durr fue proclamada sultana, pero se vio obligada a renunciar al trono y cederlo al jefe de los mamelucos, Aybeg, con quien se casó.

La victoria obtenida por los mamelucos en al-Mansura en 1249 vino a reforzar su poder y acelerar la caída de los ayyubíes.

Casi al mismo tiempo desaparecían las dinastías colaterales de Mesopotamia, Siria y el Yemen. La de Hmá, a la que pertenecía el célebre geógrafo e historiador Abú l-Fidá, logró mantenerse hasta mediados del siglo XIV.

Los ayyubíes fomentaron la agricultura y la industria y favorecieron el florecimiento de las artes y las letras. En ocasiones firmaron tratados de comercio con Occidente, lo que permitió el incremento de la influencia oriental en la economía y la cultura de Europa.

Las Cruzadas

SE comprende bajo el nombre de *cruzadas* las guerras de los pueblos europeos contra los musulmanes en los siglos XI al XIV, con la finalidad de liberar el Santo Sepulcro, bajo la bandera de la Cruz y la dirección del papado.

La batalla de Manzikert (1071) había dado a los turcos selchuquíes la posesión de Anatolia. La ocupación de Damasco (1076) les aseguró el dominio de Siria y Palestina.

Miguel VII, emperador de Constantinopla, se dirigió en 1073 al Papa Gregorio VII, el cual pensó entonces en una acción en el Asia Menor y exhortó a varios príncipes a que acudieran en ayuda de los bizantinos. Pero la lucha contra el Imperio le apartó de este proyecto, que reemprendió Urbano II veinte años después.

Primera cruzada. En el concilio de Piacenza (1095), el Papa Urbano II invitó a los presentes a marchar a Oriente en socorro del imperio bizantino y renovó la invitación ese mismo año en el concilio de Clermont. su conmovida palabra despertó el entusiasmo de los presentes, que al grito de *Dios lo quiere* se dispusieron a partir, adoptando como distintivo una cruz roja sobre el hombro derecho.

La fecha de la partida quedó señalada para el 15 de agosto de 1096. Ademar de Monteil, obispo del Puy, representaría a la Santa Sede en la expedición.

Una turba de hombres de baja condición, franceses y alemanes, siguió a Pedro *el ermitaño* y a Gautier *Sans-avoir* y llegó a Constantinopla. Desde allí intentó cruzar el Bósforo y avanzar hacia Nicea, pero fue rechazada por los turcos. Otras columnas de cruzados formadas en Alemania no pudieron vencer la resistencia de los húngaros.

La expedición de los príncipes alemanes, franceses e italianos estuvo mejor organizada. Reunidos los cruzados en Constantinopla, en número no superior a veinte mil, el emperador Alejo I Comneno les facilitó el paso a Asia.

Los cruzados conquistaron Nicea (1097) y derrotaron a los turcos selchuquíes en Dorilea. Todo el Asia Menor quedó en su poder. En 1098 ocuparon Antioquía y el 15 de julio de 1099, Jerusalén (*).

La Ciudad Santa fue capital de un reino y su primer monarca, Godofredo de Boudillón, tomó el título de *Defensor del Santo Sepulcro.* Se constituyeron además el principado de Antioquía y los condados de Edesa y Trípoli.

Segunda cruzada. La situación de estos cuatro estados era difícil. En 1144, Zengui, gobernador de Mosul, se apoderó de Edesa. Se pidió ayuda a Europa y el Papa Eugenio III decretó la cruzada.

En ella participaron Luis VII de Francia y el emperador Conrado III. Este se dirigió (1147) por el Danubio al Bósforo y desde allí penetró en territorio turco. Rechazado, volvió a Nicea, se reunió con Luis VII y a ellos se añadió una columna de Italia.

Marcharon los cruzados a Atalia, pero Conrado se detuvo en Efeso y regresó a Constantinopla, de donde fue a Acre (1148). Los franceses pasaron de Atalia a Chipre y de ahí a Antioquía. Los demás cruzados llegaron a Siria por tierra.

Luis VII quería reconquistar Edesa, pero marchó a Jerusalén. Los cruzados sitiaron Damasco. Ante la imposibilidad de conquistarla, Conrado III volvió a Constantinopla. Luis VII permaneció en Jerusalén hasta 1149 y luego regresó a Francia.

Tercera cruzada. A finales de 1177, se dirigió Saladino a Palestina sufriendo severa derrota al sur de Ramla. Al año siguiente, Saladino envió sus tropas contra el rey de Jerusalén, Balduino IV, al que venció por dos veces junto al río Jordán.

En 1180 se ajustó una tregua entre Balduino IV y Saladino, pero fue rota por el señor de Kérak, Renaud de Châtillon, al atacar las caravanas que partían a Egipto.

Saladino reunió las tropas egipcias y sirias. Los francos se situaron en Hattin, donde sufrieron una completa derrota (1188), que hizo a Saladino dueño de Palestina y Jerusalén (**).

Al enterarse de ello, el Papa Gregorio VIII predicó la cruzada en la que participaron Felipe II, Augusto de Francia, Enrique II de Inglaterra y el emperador Federido I Barbarroja. Guillermo II de Sicilia envió a Siria una flota que impidió la conquista de Trípoli por Saladino (1188).

Federico Barbarroja salió de Ratisbona (1189), siguió el Danubio y llegó a Constantinopla. En 1190 ocupó Iconium y al poco tiempo murió aho-

---

(*) De la riqueza e importancia de la ciudad da idea su biblioteca pública (contaba con 38.400 libros, mientras que la más rica de Europa, la Vaticana, apenas tenía 1.400) o su universidad (la Europa cristiana carecía de esta institución), dotada de laboratorios. Los cruzados destruyeron la biblioteca y los laboratorios. Además, según Mateo de Edressa, reunieron en la mezquita de al-Aqsa a 65.000 musulmanes y los pasaron a cuchillo. El historiador Agiles ha escrito: *Se podían ver por plazas y calles de la ciudad filas de cabezas, manos y pies. Mujeres y niños musulmanes fueron violados y muertos y quedaron tirados por las calles.* (N. de la R.)

(**) Cuando Saladino reconquistó la ciudad hizo 37.000 prisioneros. Abu Shamah ha escrito que el rey musulmán dejó libres a los 1.000 más pobres. Después, a petición de su hermano, liberó a todas las mujeres y a otros 10.000 ante una nueva petición del patriarca. Luego, considerando que tanto su hermano como el patriarca habían cumplido su obra de caridad, quiso hacer la suya y liberó al resto, excepto 800 señores, a los que hizo pagar rescate. De forma bien distinta se comportó Ricardo *Corazón de León* cuando, conquistado Acre en esta misma cruzada, pidió 200.000 piezas de oro por la libertad de los 2.700 prisioneros. Y, según ha contado Benito de Peterborough, cuando llegó el rescate, Ricardo mandó decapitar a todos los prisioneros. (N. de la R.)



Godofredo de Bouillon ante las murallas de Jerusalén defendidas por los turcos (Biblioteca Nacional, París)

gado. Sus tropas se dirigieron al campamento de Acre.

Felipe Augusto y Ricardo I, *Corazón de León*, que había sucedido a Enrique II, se reunieron en 1190 y marcharon a Mesina, donde invernaron. Después, conquistaron Acre (1191).

Felipe II volvió a Francia, pero Ricardo I permaneció en Oriente hasta finales de 1192 y firmó un tratado con Saladino por el que se autorizaba a los cristianos el libre acceso a Jerusalén sin armas.

Cuarta cruzada. Fue publicada por Inocencio III y logró la adhesión de varios nobles. Los cruzados se reunieron en Venecia en 1202. De allí fueron a Zara, que reconquistaron para los venecianos. En 1203 marcharon al Bósforo y al año siguiente se apoderaron de Constantinopla.

Quinta cruzada. El Papa Inocencio III la proclamó en 1215. Su sucesor, Honorio III, la continuó. Concurrieron contingentes de Hungría, Escandinavia y Alemania, que empezaron a llegar a Acre en 1217. Los cruzados se dirigieron a Egipto y sitiaron Damieta (1218), que se rindió al cabo de más de un año.

En 1221, los cruzados fueron a El Cairo y llegaron a al-Mansura. El sultán al-Málik al-Kámil pidió la paz y ofreció la entrega de Jerusalén. El legado pontificio rechazó la oferta y se libró violenta batalla, que perdieron los cruzados. Estos se retiraron a Damieta y después se firmó la paz, con la condición de que abandonaran Egipto.

Sexta cruzada. Federico II, que debía participar en la quinta cruzada, retrasó su partida hasta 1228. Desembarcó en Acre y entabló negociaciones con al-Málik al-Kámil, que dieron como resultado la entrega a los cruzados de Jerusalén, Belén, Nazaret y las vías de acceso al mar.

Federico II se comprometió a impedir que los príncipes cristianos atacasen Egipto. Luego se coronó en la basílica del Santo Sepulcro y regresó a Acre (1229).

Diez años más tarde, algunos príncipes franceses convocaron en Lyon a sus gentes para



Felipe II Augusto de Francia durante una de sus campañas militares (miniatura de Fouquet, Biblioteca Nacional, París)

una nueva cruzada. desembarcaron en Acre y sufrieron grave derrota en Gaza. Entonces los musulmanes ocuparon Jerusalén.

En 1240 se hizo un nuevo tratado con el sultán al-Málik al Sálik y otro en el mismo año por Ricardo de Cornualles, que ocupó Jerusalén. En 1244, una columna de tropas jwarizmíes que venían del Turquestán, se apoderó de Jerusalén y la saqueó.

Séptima cruzada. La proclamó en Lyon en 1245 el Papa Inocencio III, y tres años después la emprendía San Luis, rey de Francia. Desembarcó en Chipre y cuando le llegaron refuerzos en 1249 atacó Damieta y la ocupó. Marchó luego a El Cairo y en al-Mansura fue derrotado y cayó prisionero. Fue liberado a cambio de la entrega de Damieta. Los restos del ejército fueron llevados a Acre, donde San Luis permaneció hasta 1254.

Octava cruzada. Es la última. El sultán Baybars de Egipto ocupó varias poblaciones de la costa de Palestina (1265). El Papa Clemente IV proclamó la cruzada y de nuevo se puso al frente de ella San Luis (1267).

La cruzada partió hacia Túnez y desembarcó en Cartago (1270). Declarada la peste en el ejército, el propio rey fue víctima de ella.

Privadas de la ayuda europea, las ciudades del Oriente Latino fueron cayendo en poder de los musulmanes. La última sería Acre, que resistió hasta 1291.

Posteriormente se extendió el término de Cruzada a todas las guerras contra *infieles,* especialmente los otomanos.

Los protagonistas de las Cruzadas

Felipe II, *Augusto* (1165-1223)

Rey de Francia en 1180. Político hábil, audaz y sin escrúpulos, consigue extender y fortalecer el poder de la Corona. Mantuvo frecuentes luchas contra Inglaterra, al tiempo que instauraba una sólida estructura administrativa. Abatió al poder feudal y puso fin a las constantes luchas entabladas entre los nobles. Limitó asimismo el poder de la Iglesia y favoreció la expansión de los ámbitos culturales y educativos.

Federico I, *Barbarroja* (1122-1190)

Segundo de la dinastía Hohenstafon, rey y emperador en 1152. Enfrentado al Papado, intervino en Italia de forma permanente. Su gobierno personal otorgó al Imperio una unidad y un prestigio hasta entonces jamás alcanzados. Dentro de una general vocación germánica, consiguió que los príncipes alemanes luchasen por una causa común y tomasen conciencia de su solidaridad nacional y de clase.

Godofredo de Bouillón (1061-1100)

Duque de la Baja Lorena en el año 1082. Sirve al emperador en contra del poder papal y, debido a razones de necesidad económica, se ve obligado a participar en las *Cruzadas.* Conquista la ciudad de Jerusalén y es nombrado *Defensor del Santo Sepulcro.* Sobre el territorio ocupado en Tierra Santa, Bouillón organizará la estructura de un nuevo Estado cristiano.

Ricardo I, *Corazón de León* (1157-1199)

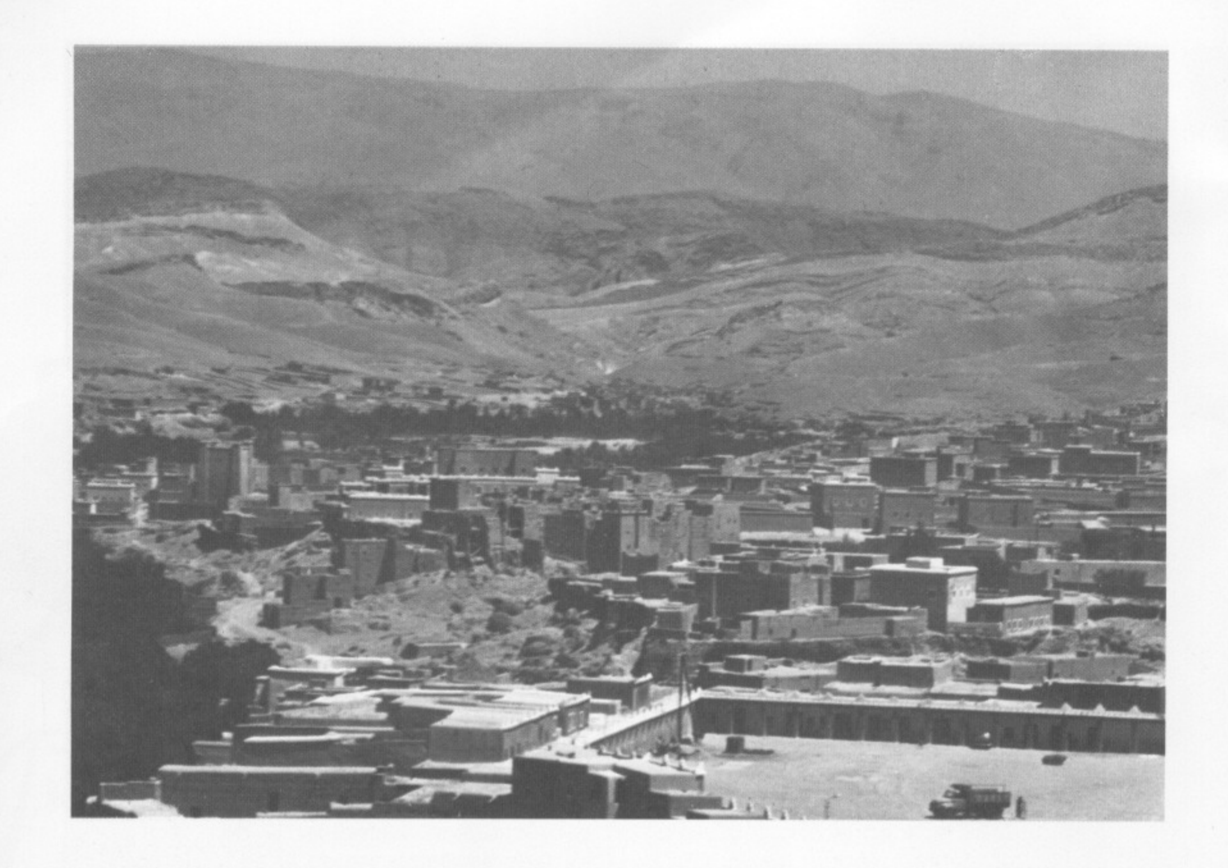
Rey de Inglaterra en el año 1189, y duque de Aquitania, Normandía y Anjou. Durante su permanencia en las *Cruzadas* debe soportar las intrigas que en su país dirige su hermano Juan *Sin Tierra,* así como una larga serie de vicisitudes militares, políticas y personales. Con todo, en su ausencia los ministros nombrados por él procederían a efectuar la necesaria reforma y saneamiento de la administración estatal. Sus excepcionales cualidades personales y sus dotes militares le convertirían tras su muerte en la figura central del Medievo inglés y en el más acabado símbolo del concepto caballeresco, alzándole hasta niveles legendarios.

Saladino (1138-1193)

Hombre fuerte y máximo dirigente de Egipto a partir del año 1169. El más importante de los objetivos de su política fue el de conseguir la unificación del mundo islámico. Junto a esto, pretenderá restablecer la ortodoxia religiosa *sunní,* así como la recuperación de los territorios ocupados por los cristianos. Tras obtener una larga serie de grandes victorias sobre éstos, reconquistó la práctica totalidad de la Tierra Santa. Más adelante, llegará a un acuerdo con sus adversarios para el reparto pacífico de aquel territorio. Su figura sería especialmente celebrada tras su muerte tanto por la literatura e historiografía islámicas como por parte de las cristianas.

San Luis (1214-1270)

Rey de Francia e hijo de la española Blanca de Navarra. Durante su minoría de edad, su madre consigue reprimir las luchas entabladas entre los nobles y poner fin, en el año 1229, al conflicto planteado por la herejía albigense. Ya rey en Funciones, Luis IX llegaría a conseguir acuerdos territoriales con los reinos de Aragón e Inglaterra. Al mismo tiempo, impulsó una amplia reforma de las estructuras internas del Estado. Logra además reforzar el poder real, establecer una organización judicial estable y evitar las guerras intestinas de la nobleza. Murió víctima de la peste durante el sitio de Túnez y, con posterioridad, fue elevado a los altares.



Los imperios del desierto

Por Jacinto Bosch Vilá
Catedrático de Historia del Islam. Universidad de Granada

EN los siglos XI al XIII se forman, se desarrollan y mueren dos grandes imperios beréberes en el Occidente musulmán (Magreb y Al-Andalus): el de los almorávides, primero, y el de los almohades, después. Uno y otro, alentados por ideas puritanas y unitarias islámicas, son fruto de sendos movimientos integradores de fuerzas espirituales y materiales, religiosas y políticas, en tribus procedentes del Sahara, Mauritania y el Atlas.

Estos imperios establecieron firmes gobiernos en gran parte del norte de Africa occidental, Mediterráneo y Atlántico, y en la Península Ibérica bajo el Islam. En gran manera, durante algo más de un siglo y medio (1086-1246) contribuyeron a frenar los embates conquistadores de los reinos cristianos.

Estos siglos de grandes desplazamientos de tribus en el Oriente —turcos y mongoles— y en el Occidente islámico —beréberes y árabes—, vieron germinar el pensamiento teológico y místico islámico; tanto la ciencia como el arte, cobraron gran impulso creador que alcanzaría a Europa.

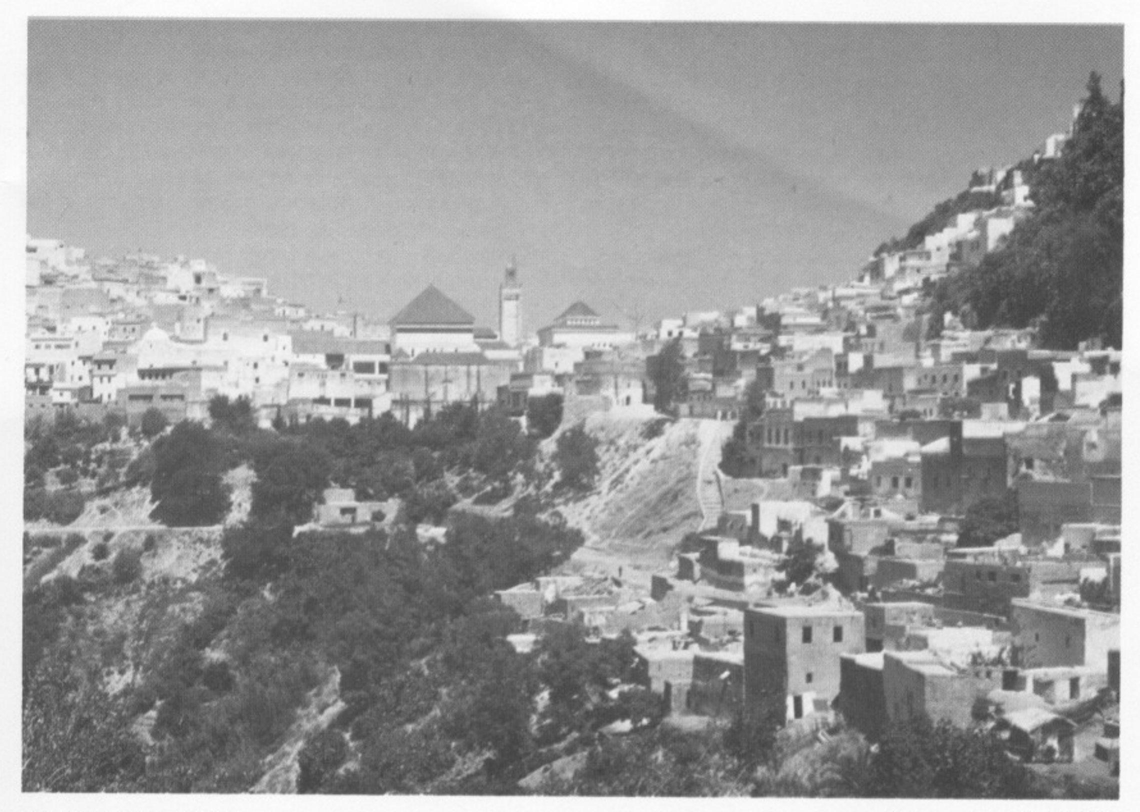
Los almorávides

Tres grandes troncos étnicos beréberes —Sinhacha, Masmuda, Zanata— llenan sucesivamente la historia de los siglos XI al XIII, extendiéndose al XIV y al XV en el norte de Africa.

La primera mitad del siglo XI, hasta muy cerca de la mitad del XII, fue la hora de los Sinhacha saharianos. Las tierras y arenales que constituyen el territorio mauritano, al oeste del Sahara, hasta los ríos Senegal y Níger, eran recorridos por tribus beréberes que cubrían parte de su rostro con un velo llamado *litam,* de aquí el nombre de *velados.*

La más poderosa tribu de los Sinhacha fue Lamtuna. Por aquellas partes del desierto nomadeaban también tribus Masufa, Gudala y Lamta, entre otras.

Tanto los Lamtuna como las restantes tribus



Población actual marroquí, en las proximidades de la ciudad de Marrakech, en la zona del Atlas

Vista parcial de Mulay Idriss, capital religiosa de Marruecos, muy cerca de la ciudad de Fez

habían recibido la semilla doctrinal del Islam, pero desarrollaban sus creencias y prácticas de forma muy rudimentaria y no siempre dentro de los moldes estrictamente ortodoxos.

Entre 1040 y 1050 se gestó el *movimiento almorávide:* Un jefe de los Gudala, Yahya b. Ibrahim, peregrinó a La Meca y, deseoso de instruir a sus contríbulos en la más pura ortodoxia doctrinal islámica, dentro de la escuela jurídica *malikí*, pidió consejo a un piadoso alfaquí de Qayrawan, quien le recomendó a un antiguo discípulo suyo, que residía en un lugar del valle del Dra, para que fuera con él a reislamizar a los hombres del desierto.

Abd Allah b. Yasín, de la tribu de los Chazula, que así se llamaba el misionero islámico, comenzó su tarea en la tribu Gudala, sostenida por la autoridad política y moral de Yahya b. Ibrahim. La resistencia que su régimen de disciplina extremada encontró le obligó a retirarse con un grupo de seguidores a una isla próxima a la costa, donde realizó vida de *ribat*, es decir, de oración y de formación religiosa y militar para llevar a cabo la guerra santa contra sus oponentes.

Tras un período de luchas, Abd Allah b. Yasín consiguió atraer a su causa a todas las tribus Sinhacha del oeste del Sahara. Los Gudala, Lamtuna, Masufa y Lamta, así como otras tribus, movidos todos por una idea religiosa revitalizadora y también por innegables estímulos materiales —el del botín y la posesión de los pastos y manadas de camellos de la región de los oasis—, se lanzaron a la conquista de la zona del Dra y del Tafilalt.

Sichilmasa, la capital, era un activo centro comercial, lugar de paso y etapa de caravanas. Por sus oasis nomadeaban tribus Zanata Magrawa dedicadas a la cría y pastoreo de grandes manadas de camellos. Sus poblaciones vivían oprimidas por los emires Banu Wassul.

Siguiendo hacia tierras del norte y hacia el sur, en contacto y comercio con los reinos negros, los Sinhacha velados que, al encarnar el movimiento almorávide, fueron conocidos por *al-murabitun —los hombres del ribat—*, llegaron

a realizar una de las más grandes epopeyas de los pueblos beréberes.

Erigiéndose en defensores y propulsores de ideas ortodoxas y puritanas en el extremo Occidente islámico. entraron después en abierta oposición contra la conducta licenciosa de los reyes de taifas. Así, y en constante lucha y esfuerzo, conquistaron la hegemonía en el norte de Africa y extendieron su dominación a Al-Andalus.

Fue aquel el primer movimiento de masas nómadas norteafricanas producido en dirección sur-norte el que configuró el futuro reino de Marruecos y el que, por primera vez, incorporó gran parte de las tierras de la Península a un imperio islámico, beréber, norteafricano.



Ciudad fortificada del valle del Dra, Marruecos

Esplendor y decadencia

Yahya b. Umar —el sucesor de Yahya b. Ibrahim en la dirección militar de aquellas tribus Sinhacha—, Abu Bark y Yusuf b. Tasfin, fueron los tres grandes protagonistas de la gran expansión almorávide, los forjadores de un gran imperio norteafricano que había de extenderse a Al-Aldalus, que en Ibn Yasin tuvo a su inspirador y líder religioso.

Muerto éste en lucha contra los herejes Bargawata, en las tierras noratlánticas de Marruecos, el movimiento almorávide se manifestó como un movimiento político de inspiración religiosa islámica y de trama jurídica *malikí,* en el que las tribus beréberes saharianas luchaban, sobre todo, por imponer su supremacía a otras tribus beréberes.

Las tierras más ricas del naciente Marruecos —con capital en Marrakech, fundada en 1070— hicieron olvidar pronto la dureza del desierto. La vida que habían de conocer en Al-Andalus, de 1086 hasta 1147, había de cambiarles lentamente hasta llegar a perder muchos de sus primitivos valores e ideales.

Conquistado el Atlas, alcanzadas Fez y la orilla del Estrecho y dominadas de modo efectivo todas las tierras comprendidas desde el Atlántico y el Sahara hasta Argel, tras la toma de Toledo, en 1085, por Alfonso VI, el emir almorávid Yusuf b. Tasfin fue llamado para socorrer a los amenazados reinos de taifas.

El Islam empezaba a retroceder en la Península Ibérica y en Sicilia, que había sido tomada por los normandos. La situación de los reinos de taifas era precaria; de hecho, todos estaban bajo la espada amenazante de Alfonso VI y eran humillados con el gravoso tributo de las *parias.*

Incapaces de unirse para hacer frente al peligro común, los reyes de taifas contaban con el apoyo de unos pocos beneficiados por su protección y con la hostilidad no sólo de una gran mayoría del pueblo agobiado por los impuestos, sino también de un buen número de alfaquíes, contrarios al abandono de la ortodoxa islámica. La ayuda sólo podía esperarse de la otra orilla.

Una vez más los beréberes —primero en la hora de la conquista (711), después, en tiempos de al-Hakam II (962-976) y de Almanzor (980-1002), salvaban a las tierras de Al-Andalus de caer en poder de los reinos cristianos. Ellos también acabaron progresivamente con los divididos reinos de taifas: cuatro años después de la victoriosa batalla de Zalaca (1086), y tras el fracasado sitio de Aledo (1089), consiguieron unificar políticamente Al-Andalus.

Condenados los reyes de taifas como traidores e impíos, en virtud de un dictamen jurídico, a partir de 1090 fueron depuestos uno tras otro. Sus reinos pasaron a ser gobernados por jefes militares almorávides: Zaragoza, la capital más avanzada en territorio peninsular, estuvo bajo gobierno almorávide de 1110 a 1118. Las Balea-

Ruinas de la antigua mezquita de Hassan en Rabat, Marruecos

res, desde 1115, y durante un siglo estuvieron también dominadas por descendientes de los hombres del desierto. Levante ofreció más resistencia al avance almorávide gracias a la presencia del Cid.

El dominio almorávide en Al-Andalus alcanzó su auge entre 1102, en que tomaron Valencia, y el 1118, en que perdieron Zaragoza a manos de Alfonso I el Batallador, y fue la victoria de Uclés contra Alfonso VI de Castilla (1108), el cenit de su afirmación político-militar.

La trayectoria almorávide con Yusuf b. Tasfin (m. 1106) fue una historia netamente marroquí, pero también de Al-Andalus. Yusuf y, sobre todo, su hijo Alí (1106-1143) y el hijo de éste, Tasfin (1143-1145), se pusieron al servicio de la civilización andalusí. Frente a los almorávides, gentes rudas en general, que impusieron su sistema administrativo y quisieron para sí la máxima consideración, se levantaba la fina cultura literaria y artística y la mejor tradición urbana de los habitantes de Al-Andalus.

En la relativa paz y orden que, durante los primeros cuarenta años de presencia almorávide, reinaron en las tierras de la Península, los canales de comunicación Al-Andalus-Megreb permanecieron abiertos y por ellos fluyeron corrientes culturales a las ciudades norteafricanas. Corrientes no sólo en el pensamiento, sino también en las formas arquitectónicas, decorativas y artísticas, de tal modo que, gracias a los almorávides, se importó un arte andalusí a tierras norteafricanas.

Pero la vida de los imperios es caduca y lo mismo en Marruecos que en Al-Andalus aparecieron signos inequívocos de desintegración. En Al-Andalus, el retroceso militar tras la ocupación de Zaragoza, la incursión de Alfonso I de Aragón hasta las mismas puertas de Granada (1125-1126) y el malestar producido por un místico sufí, que de Almería se extendió a otras poblaciones, marcaron el comienzo del fin.

La resistencia a los almorávides en el Algarve, con Ibn Qasi de Mértola; la rebelión de Córdoba, con Ibn Hamdin, y otros núcleos rebeldes, entre ellos los de Murcia y Levante, sostenidos por Zafadola Ibn Hud e Ibn mardanis y el resurgir de los particularismos locales, todo contribuyó, con la aparición de los almohades en el Magreb (1121), al fin de los almorávides (1147).

Los almohades

En las montañas del Atlas, Ibn Tumart, el alfaquí del Sus, un hombre de la tribu beréber Masmuda, de los Harga, originario del sur marroquí, inició un movimiento de profundo contenido teológico, puritano también, menos simplista que el de los almorávides, que había de tener grandes repercusiones políticas y sociales.

En el orden social se manifestó primeramente como movimiento de censura de costumbres, crítico e intolerante, violento, hasta el punto de extender y llevar la lucha armada de las montañas al llano. De hecho, y desde el punto de vista étnico, aquel movimiento abría una nueva fase en la lucha entre tribus beréberes por el predominio del Magreb y era el episodio más largo —desde 1121 a 1147— de la oposición armada entre los pueblos de la montaña y los del llano.

El movimiento almohade supuso también el período culminante de exaltación de las dinastías beréberes en el Magreb y en Al-Andalus, donde se consiguió la formación política unitaria islámica de mayor extensión territorial y vigor político y cultural de todo el Occidente mediterráneo.

Ibn Tumart, el *Mahdi* de los almohades fue una figura, tal vez excéntrica, que elaboró una teología dogmática de carácter racionalista y espiritualista inspirada en las enseñanzas recibidas en el Oriente islámico, hacia 1110.

Reformista a ultranza, desde su centro de Tinmel, en las montañas del Atlas, atacó duramente las costumbres y las prácticas jurídicas de los alfaquíes *malikíes* de la época. A la interpretación literal y *antropomórfica* del Corán realizada por aquéllos opuso una interpretación alegórica tendente a descubrir el sentido oculto, interno, que encierran sus versículos.

Defensor de la doctrina unitaria del *tawhid*, de la unicidad absoluta de Dios, por lo que sus seguidores fueron llamados *muwahhidun*, «almohades», Ibn Tumart fue realmente un revolucionario en materia dogmática y también un fanático dominado por el odio y la ambición, intransigente al máximo, audaz e implacable, que declaró la guerra santa a los almorávides. Con su palabra elocuente y superioridad dialéctica ante aquellos montañeses, arrastró fácilmente a su causa a grandes masas.

Días de gloria

Desde los primeros años, Ibn Tumart contó con una figura recia y valiosa, fiel y combativa, que condujo a los almohades de victoria en victoria: Abd al-Mumin. Tras unos años de lucha en la montaña, en la década de 1130 a 1140 decidieron bajar al llano y amenazar Marrakech.

Poco a poco se fue desmoronando el imperio almorávide en Marruecos y, en abril de 1147, habiendo ya ocupado los almohades Fez y la mayor parte del país, tomaron la capital fundada por los almorávides.

Abd al-Mumin y sus sucesores adoptaron títulos califales, lo que jamás se habían atrevido a hacer los almorávides. Así, una nueva comunidad religiosa, la almohade, y una gran formación política, dirigida por Abd al-Mumin y sus sucesores, se formó a partir de entonces en el Occidente islámico.

La gran expansión almohade por el norte de Africa y por Al-Andalus se realizó con Abd al-Mumin (1130-1163). En su tiempo tuvo lugar la

segunda gran invasión norteafricana de la Península que suplantó a los almorávides y extendió sus dominios a todo el Magreb Central (Argelia) y a *Ifriquiya* (Túnez), donde llegaron a poner el pie, a fines del siglo XII, los Banu Ganiya de las Baleares, último eco del desaparecido imperio almorávide. La total unificación política del Occidente islámico la realizó el sucesor de Abd al-Mumin, Abu Yaqub Yusuf (1163-1184).

Los almohades desembarcaban en Cádiz a mediados del siglo XII. Los rebeldes del Algarve y un almirante de la escuadra almorávide que se pasó a los almohades, facilitaron el camino. Sevilla fue la capital almohade en la Península, embellecida con diversas construcciones como la gran mezquita y su minarete, la Giralda, y la Torre del Oro. Pero antes de realizar estas construcciones, los almohades hubieron de vencer grandes dificultades.

La sumisión total de los musulmanes peninsulares fue lenta y costosa. Los principales protagonistas de la resistencia en Levante y en el sur fueron Ibn Mardanis e Ibn Hamusk, que dominaban Levante y Murcia y llegaron a ocupar, por poco tiempo, Jaén y Granada (1162), obligando a los almohades a realizar una auténtica conquista militar de las tierras del sur y sudeste peninsular. Hasta 1172 no alcanzaron los almohades la sumisión de los últimos reductos de resistencia.

El principal papel histórico de esta dinastía beréber, desde mediados del siglo XII a mediados del XIII, fue sostener el Islam y llevar la guerra santa contra los reinos cristianos. No sólo recuperaron plazas perdidas al sur del Tajo y obtuvieron la resonante victoria de Alarcos (1195) contra Alfonso VIII de Castilla, sino que mantuvieron una férrea unidad político-administrativa y religiosa.



El esplendor cultural alcanzado por el poder almohade sobre Al-Andalus queda puesto de manifiesto por la presencia de la denominada Giralda, *hoy campanario de la catedral de Sevilla y originalmente minarete de la mezquita mayor de la ciudad. Se halla actualmente modificado por las adiciones impuestas en el período renacentista, al contrario que su gemelo de la mezquita de Hassan en Rabat, que conserva su forma original*

Derrota y desintegración

Los síntomas de inestabilidad y de desintegración no tardaron en aparecer, entrada la segunda década del siglo XIII. La estrepitosa derrota almohade de Las Navas de Tolosa (1212) vino casi a coincidir con el comienzo de la descomposición interna, en lucha por el califato, y abrió nuevas conquistas a los cristianos y brotes de particularismo.

Murcia y Valencia se alzaron contra los almohades; Muhammad b. Hud y Zayyan b. Mardanis se disputaban la hegemonía en Levante y sudeste peninsular; Abd Allah al-Bayyasi, desde Baeza, extendió sus dominios a Córdoba, Jaén y Quesada y se declaró vasallo de Fernando III de Castilla (1217-1252); Abd Allah b. Di-l-Nun se rebeló en Málaga; Ibn Hud, más tarde, fue reconocido en Córdoba, Sevilla y otras ciudades; Muhammad b. Yusuf b. Nasr se había levantado en Arjona y en 1237 entró en Granada. Córdoba caía en poder de los castellanos en 1236 y Sevilla en 1248, mientras Jaime I de Aragón realizaba conquistas en tierras de Levante y Baleares.

La desintegración y el fin de los almohades eran irreversibles en Al-Andalus y no menos en el norte de Africa. Los benimerines, surgidos como resultado de aquella desintegración, tuvieron su capital en Fez, mientras los ziyyaníes o Abd al-Wadíes la fijaron en Tremecén y los hafsíes, unos y otros beréberes, construyeron su sultanato en Túnez.

Con los benimerines y los ziyyaníes, sobre todo, el Occidente islámico volvió a conocer, por última vez, el predominio de los beréberes Zanata. Se cumplía la hora de las dinastías beréberes y de la dominación norteafricana en al-Andalus. Había durado escasamente, y sólo en ciertas áreas, un siglo y medio.

Las batallas decisivas

DESDE la llegada de los almorávides hasta que se inició el eclipse de los almohades hubo muchos encuentros armados en la Península Ibérica. Tres batallas, sin embargo, pueden considerarse decisivas en este período: Zalaca abre la Península a los almorávides, Alarcos permite la expansión almohade y Las Navas de Tolosa termina con la estrella militar de los norteafricanos.

Zalaca

El 23 de octubre de 1086 y en un punto próximo a Badajoz, aún controvertido, se libró la batalla de Zalaca o Sagrajas entre los almorávides y Alfonso VI, al que ayudaban Sancho Ramírez de Aragón, varios nobles franceses y Alvar Fáñez de Valencia.

Las huestes de Alvar Fáñez se situaron en vanguardia. El rey mandaba el centro, formado por castellanos. Al otro lado figuraban, en primera línea, los taifas de Sevilla, Málaga, Almería y Granada, mandados por Motamid, Yusuf estaba en el centro y Abu Beker en retaguardia.

Chocaron los de Alvar Fáñez contra los de Motamid. Pronto éstos se batieron en retirada hacia Badajoz, perseguidos por la caballería castellana. Mientras, Alfonso VI iba venciendo a Yusuf. Pero el tremendo redoble de tambores de piel de hipopótamo que acompasaba el avance de la reserva de Abu Beker, significó la desbandada de los cristianos.

Herido el propio rey, que se retiró a Coria, sólo 500 cristianos, maltrechos en su mayoría, salvaron la vida.

Alarcos

Llevaban los almohades casi medio siglo en el sur de la Península, cuando una algarada cristiana contra Sevilla, según la tradición, provocó la reacción musulmana.

Un poderoso ejército venido desde Marruecos al mando de Almansur Yacub salió el 27 de mayo de Sevilla, cruzó Despeñaperros y se plantó en la Meseta. Alfonso VIII, que levantaba a la sazón la ciudad de Alarcos, cerca de la actual Ciudad Real, les esperaba.

Aunque de la ciudad de Alarcos sólo estaba terminado el castillo, el rey se había negado a retirarse a Toledo, en espera de los refuerzos leoneses *para impedir que la media luna entrase en suelo castellano.*

La batalla fue el miércoles 19 de julio de 1195. La caballería pesada de Castilla fue diezmada por los arqueros almohades, mientras que la ágil caballería musulmana hundía los flancos del ejército cristiano. A mediodía, bajo un sol de justicia, se consumaba la derrota castellana.

El rey se retiró a Toledo con una escolta de caballería. Diego López de Haro, señor de Vizcaya, se encerraba en el castillo para frenar a los almohades. Según las crónicas musulmanas, los cristianos perdieron aquel día 30.000 hombres y sólo 500 los musulmanes. Las cifras son exageradas, pero dan idea de la magnitud de la victoria almohade.

Las Navas de Tolosa

En la primera década del siglo XIII, Castilla, recuperada de Alarcos, comienza a invadir territorio almohade. Sale entonces de Marruecos el ejército más grande que jamás llegó a la Península (con exageración evidente se cifró en 600.000 hombres de a pie y 90.000 de a caballo). Su primera demostración de poder es la toma de Salvatierra.

Alfonso VIII pide ayuda a los reinos cristianos y el Papa Inocencio III publica una cruzada en defensa de la empresa que el rey prepara. En la primavera de 1212 van reuniéndose en Toledo las huestes cristianas.

Está lo más granado de la nobleza francesa con los obispos de Burdeos, Nantes y Narbona: 2.000 nobles con 10.000 lanzas y 50.000 hombres de a pie. También las huestes aragonesas con su rey Pedro II y 3.000 caballeros y toda la nobleza catalano-aragonesa con los obispos de Tarazona y Barbastro.

A esto hay que añadir las tropas del rey de Castilla, obispos de su circunscripción y órdenes militares. Se ha llegado a hablar de medio millón de hombres, 70.000 carros y 60.000 acémilas.

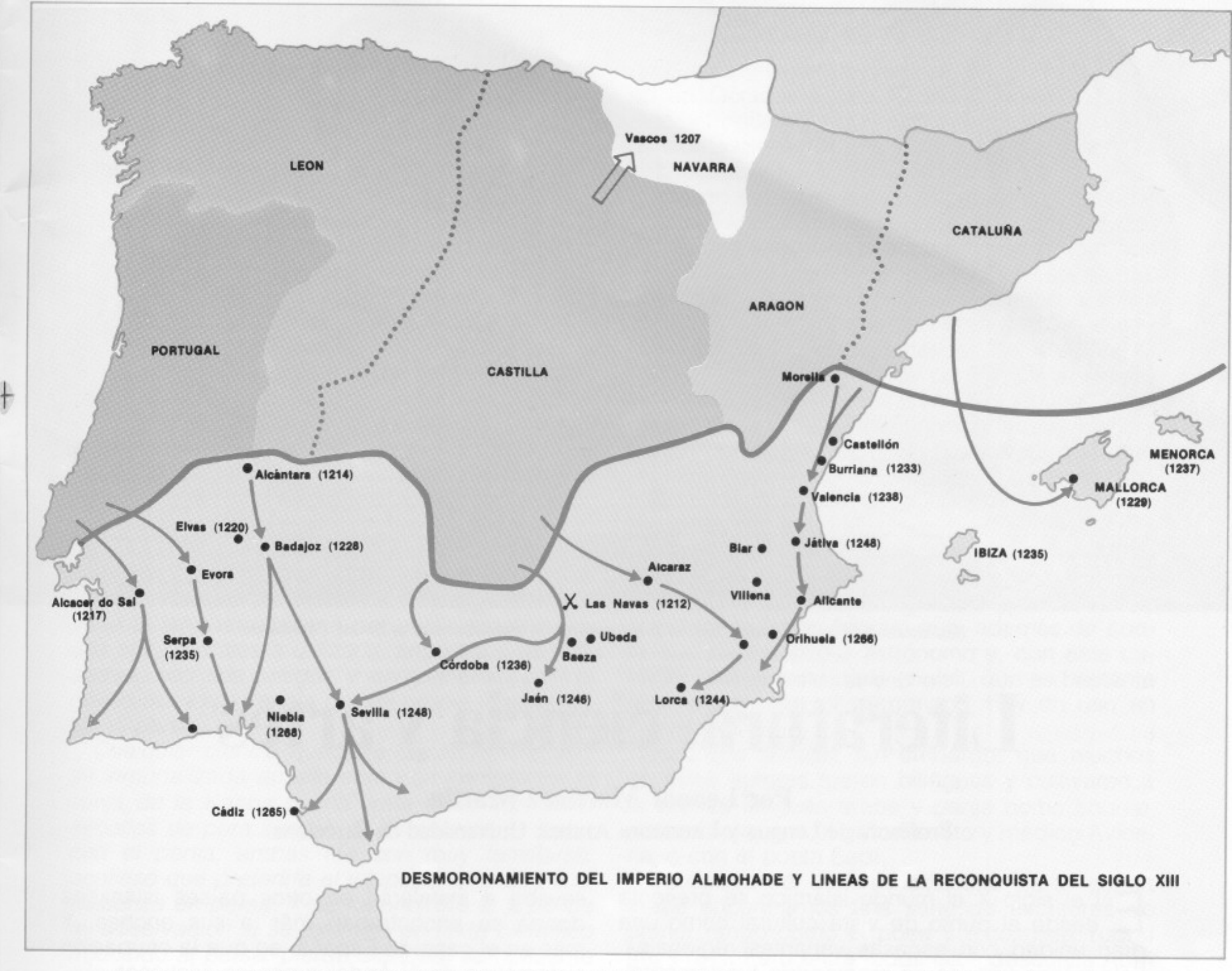
El 21 de julio comienzan a andar los ejércitos y tres días después rinden Malagón, pasando a cuchillo a la guarnición los *ultramontanos* (cruzados) franceses, con gran disgusto de Alfonso VIII, que al tomar después el castillo de Calatrava, impide la matanza renunciando al botín en favor de los *ultramontanos.*

Aquí surge la disputa: por la pobreza del botín o porque no les gustara esta forma incruenta de hacer la guerra, los franceses abandonan la empresa. Defección compensada, días después, cuando se incorporan al ejército cristiano los navarros mandados por Sancho el Fuerte.

El Miramamolín (príncipe o califa, entre los almohades), Al-Nasir Mohamed Ben Yacub, hijo del sultán, había elegido cuidadosamente el campo de batalla. Salió de Sevilla, alcanzó Jaén y se estableció finalmente en Baza. Ordenó ocupar los pasos de la sierra y fortificó su campamento en una altura de Las Navas de Tolosa, cerca de la actual Carolina.

Los cristianos deberían forzar el paso por el desfiladero que, según Alfonso VIII, era tan *áspero y difícil que 1.000 hombres podían defenderlo contra cuantos pueblan la tierra.*

Estudiada la situación por los reyes cristianos, deciden atacar y forzar el paso. Pero el día 13, la caballería del noble catalán Dalmacio de



La presencia de almorávides y almohades sobre el espacio peninsular estaría jalonado por una serie de batallas fundamentales, que marcarían el inicial predominio de aquéllos para pasar a decidir la ventaja final cristiana, plasmada en las Navas de Tolosa.

Creixell halló a un pastor (según la milagrería, San Isidro Labrador), que conocía los vericuetos de la sierra y se ofreció a pasar al ejército cristiano al otro lado.

El 14, sábado, el ejército cristiano se sitúa en una llanada contigua a la del Miramamolín y al día siguiente, domingo, se estudia el plan de batalla: Sancho el Fuerte y sus navarros marcharán en el ala derecha y los aragoneses de Pedro II en la izquierda. El centro se divide en cuatro escalones: López de Haro en la vanguardia, Gonzalo Núñez de Lara y Felipe Díaz de Cameros en el centro, y el rey a cargo de la reserva.

Cuando el día 16 avanzan los cristianos, el Miramamolín ha desplegado a las tropas ligeras árabes en primera fila. Van detrás los soldados de todo el imperio. En el tercer escalón, tropas almohades y, finalmente, el reducto, vallado con estacas y cadenas que defiende la guardia de al-Nasir.

En el primer choque, López de Haro desbarata a las tropas ligeras y penetra en el segundo escalón. Pero cuando los musulmanes se baten en retirada, dejando centenares de muertos, las tropas almohades les socorren y hacen retroceder a los cristianos, poniendo en grave aprieto a todo el centro.

En ese momento, Alfonso VIII dice al arzobispo de Toledo: *Arzobispo, arzobispo, yo é vos aquí muramos.* Y seguido del obispo y lo más granado de las armas de Castilla, se enfrasca en la lucha.

Esta decisión frena a los almohades y anima a las alas cristianas. Creixell y su caballería desbordan por la izquierda a los almohades y alcanzan la barrera, las cadenas y la guardia. Los navarros hacen lo mismo por la derecha.

Cogidas en tenaza, sucumben las tropas almohades y sólo la guardia del Miramamolín, que resiste fieramente, permite huir a su protegido. Muere el caballero Creixell y Sancho el Fuerte salva la empalizada y las cadenas y penetra en el reducto seguido de la caballería navarra.

Hablan las fuentes cristianas de ¡200.000 musulmanes muertos por 50 cristianos! Las fuentes árabes califican a esta batalla como *el desastre,* o la primera muestra de debilidad almohade: *sin que en adelante los magrebíes se encuentren ya en disposición de hacer expediciones*



Representación de la primera cesárea (miniatura de un manuscrito de al-Biruni, Edimburgo)

Literatura, ciencia y artes

Por Leonor Martínez Martín
Profesora de Lengua y Literatura Arabes. Universidad de Barcelona

EN el siglo X el mundo islámico se presenta desde el punto de vista cultural como una gran unidad con escasas variantes regionales. Esta pátina unitaria se mantendría fundamentalmente, gracias a los viajes que las personas pudientes y los mercaderes relizaban las más de las veces a La Meca para cumplir con el rito de la peregrinación que el Islam impone a todos sus fieles. Y éstos aprovechaban sus desplazamientos no sólo para cumplir con un rito religioso, sino también para estudiar con los principales sabios de los países que cruzaban o para realizar buenos negocios.

Núcleos autónomos

Pero la independencia y entidad políticas cada vez mayores de las provincias y las luchas que éstas sostenían entre sí, hicieron progresivamente más peligrosos esos desplazamientos e indirectamente fueron causa de la creación de núcleos autónomos regionales que, desvinculados durante largos períodos de tiempo los unos de los otros, empezaron a diferenciarse.

Esas diferencias, sin embargo, pocas veces fueron sustanciales, ya que el comercio de libros y bienes y la migración de personas de monta —muchas veces intelectuales y científicos que no se sentían identificados con la ideología y modo de hacer de su señor natural y sufrían por la escasa atención que éste les prestaba— les llevaba a instalarse en otros países islámicos donde se encontraban más a sus anchas. Y más en el caso de España, en que la ocupación sistemática de Al-Andalus por los cristianos obligaba a las personas pudientes a buscar refugio en el Africa Menor y Egipto principalmente, con el fin de no vivir bajo el yugo de sus enemigos.

Estos cambios de residencia daban a conocer en unas regiones los avances y modas de otras que eran aceptados o rechazados según el peculiar talante de sus receptores. Incluso en momento en que por uno u otro motivo se conseguía la reunificación en una sola mano, de varios de estos estados, las unidades primarias conservaban sus propias características culturales.

Buen ejemplo de ello es lo que ocurre durante los siglos XI-XIII, en que los imperios gaznaví, selchuquí, fatimí, almorávide y almohade, ocuparon amplios espacios geográficos, pero fueron incapaces de unificarlos culturalmente de un modo rígido.

Esta falta de unidad tiene sus precedentes en el agotamiento del sistema tradicional de clasificar a los filólogos y literatos árabes por *generaciones* que tan de moda había estado hasta el siglo IX.

Es evidente que meter en un cajón de sastre a todos los hombres cultos que vivieron después de esa época bajo la etiqueta de *los contemporáneos* constituía ya de por sí un absurdo. De aquí que los historiadores dejaran de escribir

grandes historias generales y se especializaran en la redacción de otras de carácter local, más restringido.

En lengua árabe

Y es así como hoy en día se presentan didácticamente estos fenómenos culturales que tienen por denominador común —excepción hecha y sólo en parte para el caso de Persia— el uso de la lengua árabe. Lengua tan solemne que, según el gran polígrafo Binurí (m. 1048), era la única apta para expresar el pensamiento científico. Dice, en efecto:

La lengua árabe es aquella en la que se han difundido las ciencias por medio de traducciones procedentes de todas las partes del mundo; en ella se han perfeccionado y así han podido insinuarse en todos los corazones; las bellezas de esa lengua han circulado con esas ciencias por nuestras arterias y nuestras venas.

Es cierto que todas las naciones gustan emplear la lengua cotidiana por estar acostumbrados sus naturales a utilizarla, según sus necesidades, con sus amigos y compañeros. Lo conozco por experiencia por mi propia lengua natal, el persa.

Cualquier ciencia quedaría tan atónita de verse inmortalizada en ella como un camello en la zanja de la Kaaba o una jirafa mezclada entre caballos de pura sangre. Si comparara el árabe con el persa, ambas me son muy familiares, confieso que preferiría el vituperio en árabe a la alabanza en persa. Y se reconocerá lo justo de mi observación si se examina un texto científico traducido al persa: pierde claridad, su horizonte se difumina, sus directrices se confunden, sus consecuencias prácticas desaparecen.

Y en árabe realizaron su producción principal no sólo Biruní —matemático, astrónomo, farmacólogo, naturalista, etcétera—, sino también al-Karachi, autor de varios tratados de matemáticas y de uno de ingeniería 'destinado a explicar la captura y aprovechamiento de las aguas subterráneas—, cuya puesta en práctica permitió hacer del castillo de Madrid la capital de España. En árabe escribió también Nasir al-Din al-Tusí, creador (siglo XIII) del primer observatorio astronómico digno de tal nombre: el de Maraga.

Literatura

Hemos apuntado que en Oriente la lengua persa volvía por sus fueros, aunque fuertemente arabizada (persa moderno frente al pahleví de los sasánidas): la poesía, adoptando el esquema tripartito de la casida árabe (*), apareció con la pluma de Daqiqí (m. 952) y encontró sus grandes clásicos en Firdusí (m. 1020), autor del *Libro de los Reyes* (Sahnamé), que dedicó a Mahmud de Gazna y Umar Jayyam (m. 1123), más famoso en Occidente que Firdusi gracias a haber sido introducido aquí por la excelente y libre versión inglesa de sus *Cuartetas* realizada por Fitzgerald.

Al lado de estos autores figuran, por derecho propio, Farid al-Din Attar (m. 1230), que escribió una importante obra poético-mística; Nizamí (m. 1203), que difundió los poemas de caballería; Sadí (m. 1291), autor del *Gulistán (Jard'in* de Rosas), y el visir selchuquí Nizan al-Mulk, asesinado en 1092 por los fanáticos del *Viejo de la Montaña,* que creó nuevos centros de enseñanza, las madrazas (en las que Ribera quiso ver el origen de las modernas universidades) y escribió en persa un libro, el *Siyaset-namé,* que puede considerarse como uno de los primeros manuales musulmanes sobre la organización del Estado.

Vinculados a él aparecen dos grandes personajes, el teólogo Algacel (m. 1111), parcialmente traducido al catalán o imitado por Ramón Llull, y el ya citado Umar Jayyam que, además de poeta, fue matemático y astrónomo y, con este carácter ideó el calendario chalalí, que es bastante más exacto que el gregoriano, hoy en uso en Occidente.

Hay que señalar, sin embargo, que muchos de estos autores fueron bilingües y cultivaron a la vez las lenguas árabe y persa como ocurrió, por ejemplo, con el gran filósofo y médico Avicena, o con el poeta Sadí.

Ya dentro del dominio exclusivo de al lengua árabe encontramos una serie de escritores de primer rango como el poea y alquimista Tugraí (m. 1121). Pero entre todos ellos descuella Abu-l-Alá al-Maarrí (m. 1057), quien introdujo al Islam las ideas panteístas procedentes de la India y fue uno de los primeros formuladores del *pari* de Pascal cuando dice en unos versos:

El astrónomo y el médico dicen a la par:
«Los cuerpos no resucitarán.» Os replico:
«Si lo que decís es cierto, nada perderé;
pero si es verdad lo que yo afirmo, vosotros sí
[perderéis.»

En el fondo se nos presenta como un teísta puro:

Dicen que nuestro Dios es eterno. Respondo:
[«Así lo afirma El.»
Añaden que es Eterno y no ocupa lugar.
[Preguntó: «¡Decid! ¿Dónde está?»
Responden: ese es un misterio que no alcanza
[nuestra inteligencia

Lo que le lleva a plantear un agnosticismo activo:

El mundo se compone de dos clases
[de hombres religiosos sin inteligencia
[e inteligentes sin religión.

Otros versos suyos, influidos por ideas de procedencia india, parecen haber llegado, por vía desconocida, a los oídos de Diego de Estella (m. 1578).

(*) Casida, forma estrófica árabe de treinta a ciento cincuenta versos, cuyos últimos hemistiquios tienen la misma rima. (N. de la R.)

En esta época se desarrolla también la *maqama,* género literario en el que alternan la prosa rimada y el verso y cuyos máximos representantes fueron Hamadaní (m. 1008) y Hariri (m. 1122). La temática del género expone las hazañas de los pícaros de la época, frecuentemente asociados en cofradías, como vemos que ocurre en *El Buscón.* Posiblemente, y de modo indirecto, influyó en el origen de nuestra picaresca. Ha sido uno de los géneros literarios árabes en los que se ha apoyado Américo Castro para documentar su *Realidad Histórica de España.*

También es en época selchuquí cuando el lapidario de Baylaq al-Qibsaqí nos conserva la primera mención del uso de la brújula en el Mediterráneo Oriental. En el Occidental tenemos testimonios aún más antiguos (siglos IX-X). Y es igualmente ahora cuando aparece como elemento arquitectónico la cúpula de doble cascarón.

Egipto

Egipto, el Egipto fatimí, no gozó de buena prensa entre los historiadores, en su mayoría sunníes, por estar regido por una dinastía herética. Y, sin embargo, este país y bajo esta dinastía alcanzó altísimo nivel cultural. A inicios del siglo XI Ibn al-Haytam (m. 1039) escribió un tratado de *Optica* que, vertido al latín en Toledo, fue el manual de base para todos los estudios referidos a dicha materia, hasta que quedó desbancado, seis siglos después, por los trabajos de Huygens y Newton; al mismo tiempo se desarrolló una industria floreciente destinada a surtir al mundo islámico de objetos artísticos: figuras de ajedrez y vasos de cristal de roca, objetos de bronce, etcétera.

Astrolabio árabe del siglo XIII hecho en El Cairo



Ismaelí —secta a la que pertenecían los fatimíes— es también la obra —posiblemente escrita por varios autores— titulada *Epístolas de los Hermanos de la Pureza,* que trata de todas las ramas del saber y cuyo influjo se hizo notar en España de modo muy intenso a partir de mediados del siglo XI. Algunas de sus ideas —vía Zaragoza— penetraron muy pronto en el corazón de Europa.

Además, varios poetas de la época fatimí o de la ayyudí dejaron composiciones dignas de ser tenidas en cuenta. Ibn Sana al-Mulk (m. 1211) une a su condición de poeta la de historiador de la literatura y, en este último aspecto, los españoles le debemos un tratado importantísimo sobre la moaxaja (*) que, en buena parte, ha sido traducido al castellano y analizado por Emilio García Gómez; el místico Umar ben al-Farid (m. 1235) y al-Busirí (m. 1297). Este último quiso emular y superar la antigua casida el Kaab ben Zuhayr en elogio de Mahoma *burda* en una composición mucho más larga, pero menos inspirada.

Egipto, tierra de refugio, acogió a muchos emigrados españoles, como el médico y astrónomo Abu Salt Umayya ben Abd al-Aziz (m. 1134) y Abu Bakr de Tortosa (m. 1131), autor de *La lámpara de los príncipes,* traducida al español por Alarcón.

Y en este mismo Egipto se levantan ahora numerosas construcciones religiosas de primer orden como la mezquita del Azhar (fines siglo X) y la del Aqmar (1125), en las que aparecen ya, como elementos de adorno, los mocárabes (**).

En España

En España, la época de los taifas (1031-1091) constituye el siglo de los poetas: Ibn Hemdis, Ibn Zaydún, al-Mutamid —rey de Sevilla y fundador de una academia literaria—, su esposa Rumayqiyya, etcétera.

Pero la influencia de la poesía clásica disminuye bruscamente con las invasiones africanas, durante las cuales, sin embargo, surge el gran poeta popular Ibn Guzmán, recientemente editado y traducido al español por Emilio García Gómez.

(*) Moaxaja: composición estrófica, propia de la poesia árabe popular, inventa, al parecer, en el siglo X por Muqaddam ibn Muafa de Cabra. (N. de la R.)

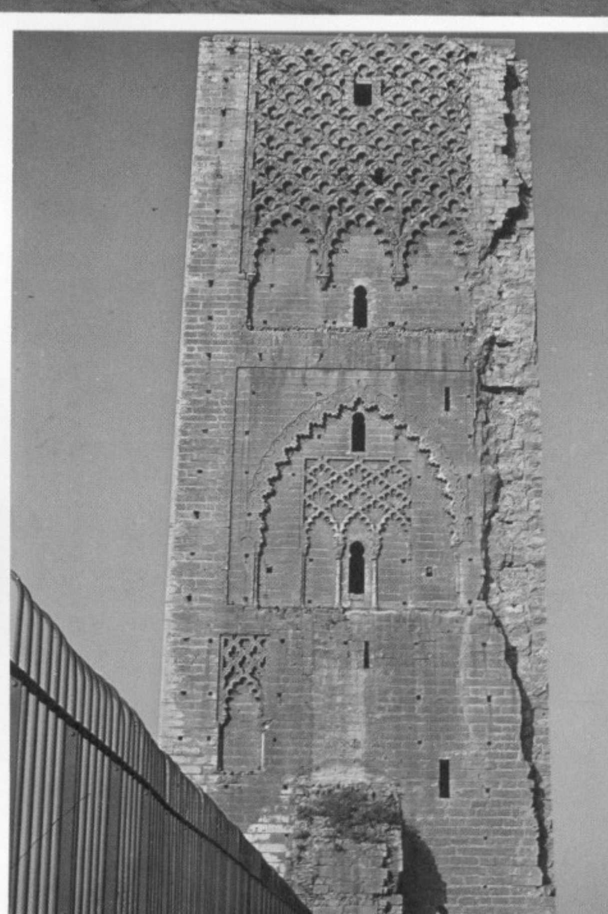
(**) Mocárabe: combinación geométrica de prismas acoplados cuyo extremo inferior se corta en forma de superficie cóncava. (N. de la R.)

Gran patio de la mezquita de Azhar, El Cairo

Torre almohade de la mezquita de Hassan, Rabat

Copa cerámica de Nishapur, Irán





Textos

DESDE AL-ZAHRA

de Ibn Zaydun de Córdoba (1003-1070)

Desde al-Zahra te recuerdo con pasión. El horizonte está claro y la tierra nos muestra su faz serena.

La brisa desmaya con el crepúsculo: parece que se apiada de mí y languidece, llena de ternura.

Los arriates me sonríen con sus aguas de plata, que parecen collares desprendidos de las gargantas.

Así fueron los días deliciosos que ya pasaron, cuando, aprovechando el sueño del Destino, fuimos ladrones de placer.

Hoy sólo me distraigo con las flores, imán de los ojos, en las que la escarcha juega vivaz, inclinando sus tallos.

Son como pupilas que, al ver mi insomnio, lloran por mí, y por eso el irisado llanto resbala por su cáliz.

En los soleados rosales brillan los rojos capullos, aumentando la luminosidad de la mañana.

Aromáticas bocanadas se transmiten el pomo del nenúfar, dormilón cuyas pupilas entreabrió el alba.

Todo excita el recuerdo de mi pasión por ti, que nunca abandona mi pecho, por mucha que sea su estrechura.

Si la unión contigo, por la que suspiro, se lograse, ese día sería el más noble entre todos.

¡No conceda Dios la calma al corazón que desista de recordarte y que no vuele a tu lado con las alas trémulas del deseo!

Si el céfiro, cuando sopla, consintiera en llevarme, depositaría a tus pies un doncel extenuado por la pena.

¡Oh, mi más precioso joyel, el más sublime, el preferido de mi alma, cuando los amantes compran joyeles!

Pedirnos uno al otro deudas de puro amor era, en otros tiempos, la pradera feliz donde corríamos como libres corceles.

Pero ahora yo soy el único que puede jactarse de leal. Tú me dejaste, y yo me he quedado, triste, amándote.

Traducción de E. García Gómez

COMENTARIO

La figura del poeta Ibn Zaydun, nacido en la antigua capital califal de Córdoba sirve como una de las más perfectas ilustraciones para la época del esplendor de las letras en el Al-Andalus dominado por los poderes almorávide y almohade.

Su poesía es, junto con la de Al Mutamid de Sevilla, Ibn Quzmán e Ibn Hemdis, la mayor cumbre obtenida en la rica producción del momento. Los temas amorosos destacan de forma especial dentro de este conjunto, respondiendo de forma perfecta a los planteamientos clásicos de la poesía escrita en lengua árabe hasta nuestros días.

El poema que aquí se incluye es así un perfecto arquetipo de esta literatura. En él se enlazan de forma espléndida elementos de amor espiritual y de amor físico; las figuras estéticas con que el poeta integra su producción ofrecen una riqueza manifiesta. Elemento asimismo de constante presencia en la poesía islámica, la invocación a Dios se introduce en medio de un tema absolutamente terrenal sin causar distorsión alguna del conjunto del poema, que de esta forma aúna diferentes, y aún contrapuestas, piezas logrando una obra perfecta y modélica en su género.



Vista de Medina Al-Zahra



Ibn Guzmán transforma con sus zéjeles (***) el dialecto árabe andaluz, y posteriormente a los otros dialectos árabes, en un instrumento literario de tal vitalidad que ha llegado hasta nuestros días y se ha transformado en el *útil* de los canzonetistas populares para criticar, con sus tonadillas, a sus gobiernos lo que a más de uno le ha supuesto la cárcel o el destierro.

En España también descuellan ahora una serie de pensadores de las más variadas tendencias como Ibn Hazm (Abenházam, m. 1064), estudiado por Asín en su faceta filosófica y por García Gómez en la literatura. Su *Collar de la paloma sobre el amor o los amantes* ha sido traducido a todas las lenguas cultas. Sus obras de carácter teológico, integristas, son aún hoy objeto de reflexión y estudio por parte de los musulmanes.

Algo después aparecen Avempace de Zaragoza (m. 1138), Ibn Tufayl (m. 1184) y Averroes (m. 1198), todos ellos profundos conocedores de Aristóteles. En el campo literario destaca la familia de los Banu Said, de Alcalá la Real, autores de una antología de los poetas arabigo-andaluces, el *Mugrib*. Uno de sus miembros, el conocido como Ibn Said al-Magribí (m. 1284), hizo un resumen de aquélla que ha sido traducido por García Gómez con el nombre de *Libro de las Banderas de los Campeones*.

En esos años vive también el judío islamizado, Ibrahim ben Sahl, autor de versos de buena factura, que murió ahogado al cruzar el estrecho de Gibraltar (1248) para que, como dice uno de sus biógrafos, *la perla volviese al mar*.

Pero entre todos estos personajes destaca el místico murciano Ibn Arabí (1164-1240), gran viajero por todo el mundo islámico; ejerció notoria influencia en el sultán selchuquí de Conia, y las miles de páginas que dejó escritas influyeron —e influyen aún hoy— en el pensamiento de turcos, persas y musulmanes de la India. Asín creyó encontrar en una de sus poesías la fuente de inspiración del autor del soneto al Cristo Crucificado:

Son para mí del cielo las delicias
Igual que los suplicios de tu infierno
El amor que me tienes no se amengua
Con el castigo, ni lo aumenta el premio.
Todo aquello que Tú de mí prefieras,
Eso sólo amaré, tan sólo eso.
Porque el amor que Tú, señor, me tienes,
Lejos de marchitarse con el tiempo,
Es, cual la creación con que me animas,
Acto de amor, eternamente nuevo.

Si la arquitectura, sobre todo en la época almohade, alcanza un auge extraordinario —construcciones de la Giralda de Sevilla y la torre de Hasán, en Rabat—, la ciencia no le va a la zaga y es ahora cuando viven el gran geógrafo Idrisí (m. 1155), el alquimista Geber, del que carecemos de datos biográficos, y el astrónomo de idéntico nombre que sigue la tradición de Ibn Muad y Azarquiel; como médicos descuellan durante cinco generaciones los miembros de la familia de los Avenzoar, como farmacólogo, Ibn al-Baytar (m. 1248).

Los cristianos, conscientes de la superioridad intelectual de sus coterráneos musulmanes, se volcaron a traducir las obras científicas de éstos incluyendo entre ellas el *corpus* aristotélico, que así fue conocido en Europa un siglo antes que pudieran hacerse del mismo traducciones directas del griego.

Este período es, en definitiva, el último gran momento de esplendor del Islam andaluz.

(***) Zéjel: estrofa derivada de la moaxaja. Su forma métrica más común es un estribillo asonantado que canta el coro y una mudanza que canta el solista. (N. de la R.)

Bibliografía

Alphandery, P., *La cristiandad y la idea de cruzada,* México, F.C.E., 1960. Arié, R., *La España musulmana, siglos VIII-XV,* volumen III de *Historia de España,* Barcelona, Labor, 1982. Burckhardt, T., *La civilización hispano-árabe,* Madrid, Alianza, 1982. Cahen, C., *El Islam, desde los orígenes hasta el comienzo del Imperio Otomano,* Madrid, Siglo XXI, 1973. Cirici, A., y otros, *Arte islámico,* Barcelona, Salvat, 1974. Cruz Hernández, M., *Historia del pensamiento en el mundo islámico* (2 vols.), Madrid, Alianza, 1981. Cuevas, C., *El pensamiento del Islam,* Madrid, Istmo, 1972. Fahd, T., y otros, *El mundo islámico, siglos VII-XV,* Barcelona, Salvat, 1974. Focillon, H., *El año mil,* Madrid, Alianza, 1966. Garraty, J. A., y Gay, P., *El mundo medieval,* Barcelona, Bruguera, 1981. Grousset, R., *Las Cruzadas,* Buenos Aires, Eudeba, 1960. Jutglar, A., *Sociedad y economía en el mundo islámico,* Barcelona, Salvat, 1972. Ladero, M. A., *Las tres primeras Cruzadas,* Barcelona, Salvat, 1972. Lewis, B., *Los árabes en la Historia,* Madrid, Espasa-Calpe, 1956. Martínez Montávez, *El Islam,* Barcelona, Salvat, 1985. Musset, L., *Las invasiones* (2 vols.), Barcelona, Labor, 1982. Oakley, F., *Los siglos decisivos. La experiencia medieval,* Madrid, Alianza, 1980. Pijoán, J., y otros, *La ciencia árabe. Avicena, Algazel y Averroes,* Barcelona, Salvat, 1972. Ruciman, S., *La caída de Constantinopla,* Madrid, Espasa-Calpe, 1973. Id., *Las Cruzadas* (2 vols.), Madrid, Alianza, 1980.